

La idea de América en los exiliados españoles en Chile*

CARLOS BASCUÑAN
SOL SERRANO

I. INTRODUCCION

La independencia de Chile como colonia de España significó una ruptura política que llevó a la organización de un nuevo estado nacional. A pesar de esta ruptura, que sus actores sintieron como tan absoluta y que inauguraba una etapa histórica inédita, había más elementos de continuidad de los que ellos podían observar y aceptar. No sólo se heredaba una estructura social y económica. Las reformas borbónicas de mediados del siglo XVIII tenían

*El presente trabajo está contenido en la obra *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, publicada en España por Anthropos, Editorial del Hombre, bajo la dirección de José M. Ortega y con la coordinación de los catedráticos de la Universidad Complutense de Madrid José Luis Abellán y Antonio Monclús Estella. El volumen dedicado a "El pensamiento en el exilio", incluye ensayos de 17 autores, entre ellos los chilenos Carlos Bascuñán y Sol Serrano.

El pensamiento español contemporáneo y la idea de América trata de realizar un análisis de los fundamentos del pensamiento español en su identidad y en su relación con "el problema americano" a partir de la fecha crucial de 1939. El trabajo presentado en dos volúmenes pretende responder al reto histórico contemporáneo, el que empieza donde terminan generalmente los análisis clásicos, es decir, después del impacto que supusieron las generaciones del '98 y del '14. A partir del final de la guerra civil, toman cuerpo las orientaciones de pensamiento que van a configurar el panorama español contemporáneo; y, en relación con él, el tema de Iberoamérica va a ocupar un lugar decisivo.

contenidos ilustrados que absorbieron los prohombres criollos de las postrimerías de la colonia y fueron reforzados por el pensamiento liberal que condujo el proceso independentista. Sin embargo, la ruptura cultural con España fue de un voluntarismo radical. España pasó a ser la responsable del inmenso atraso que sentía una clase dirigente ávida de imitar a la otra Europa (Francia e Inglaterra) y a Estados Unidos. España era culpable de la tiranía, del oscurantismo y de la ignorancia en que habría mantenido a sus colonias¹.

Eso no fue obstáculo para que la naciente república se beneficiara del aporte de algunos españoles. Fue la primera relación entre Chile y el exilio español. En un país carente de tradición intelectual y científica, que enfrentaba las exigencias de organizar un Estado, se requería con cierta urgencia de personas especializadas en algunos campos específicos. Fue así como llegaron a Chile los primeros exiliados españoles contratados por el gobierno. José Joaquín de Mora fundó el Liceo de Chile en 1829 con el curso de derecho más adelantado de su época. Fue también el redactor de la Constitución Liberal de 1829, de corta vida, tan corta como la permanencia de su autor, que luego fue expulsado por el gobierno conservador. De la misma forma llegaron, entre otros, el médico José Passaman y el ingeniero Andrés Antonio Gorbea, ambos contratados en Londres, que fueron figuras claves en la formación de sus profesiones en Chile².

La presencia de estos españoles no logró curar las heridas de los criollos respecto de España. La intelectualidad liberal de mediados de siglo reforzó el sentimiento contrario a España al recalcarle otro adjetivo que parecía cada vez más ofensivo: católica. Por último, la corta guerra con España en 1866, y el bombardeo de Valparaíso, contribuyó a ahondar esta ruptura.

Sin embargo, esta clase ilustrada ansiosa de modernidad y que por ello renegaba de su pasado colonial, no renegó del elemento que la mantendría siempre cerca de España: la lengua. Desde el conservador Andrés Bello hasta el ultraliberal José Victorino Lastarria, toda la intelectualidad de la época le dio una gran importancia al idioma desde su poesía hasta su gramática. Ello explica que las grandes figuras intelectuales del siglo XIX chileno hayan sido

¹Simón Collier: *Ideas y política de la independencia chilena*, Santiago, Andrés Bello, 1977.

²Diego Barros Arana: *Un decenio de la historia de Chile*, tomo XV de *Obras Completas*, Santiago de Chile, 1913.

nombrados miembros correspondientes de la Real Academia Española, antes que se fundara la Academia Chilena en 1885. Bello primero, en 1851, luego Lastarria en 1870, más tarde los historiadores Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Crescente Errázuriz; también el Presidente de la República Domingo Santa María, todos llevaban su membrecía con un ostensible orgullo³.

Aunque la colonia fue siempre interpretada como un período oscuro, la historiografía del XIX, particularmente en el último cuarto de siglo, la estudió con minuciosidad, y así varios de sus cultores recorrieron con provecho los archivos españoles⁴. Chile participó en las celebraciones del cuarto centenario del Descubrimiento de América no sólo enviando una delegación a España, sino también con numerosas publicaciones que honraban principalmente a la literatura de la Madre Patria⁵.

El acercamiento ya había comenzado. Con el nuevo siglo se profundizó en base a nuevos elementos. El primero, y que tuvo mayores incidencias en los sectores populares y medios, fue la inmigración española que aumentó progresivamente en las tres primeras décadas del siglo. Según el estudio del historiador Paul Drake, el número de españoles en Chile fue el siguiente:

<i>Año del censo</i>	<i>Número de españoles</i>	<i>Total de extranjeros (%)</i>
1854	915	5
1865	1.150	5
1875	1.072	4
1885	2.508	3
1895	8.494	11
1907	18.755	14
1920	25.962	22
1930	23.439	22

³Raúl Silva Castro: *Miguel Luis Amunátegui Reyes*, Santiago de Chile, Editorial Jurídica, 1951, pp. 194 y 195.

⁴Ricardo Donoso: *Barros Arana, educador, historiador y hombre público*, Santiago, Universidad de Chile, 1931. Guillermo Feliú Cruz: *José Toribio Medina, historiador y bibliógrafo de América*, Santiago, Nascimento, 1952.

⁵Carlos M. Rama: *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. S. XIX*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1982; *Anales de la Universidad de Chile*, 1892.

En las décadas de los veinte y de los treinta los españoles formaban el grupo de residentes extranjeros más numeroso del país dentro de una suma de extranjeros que no pasaba del 3% de la población⁶.

El segundo elemento distintivo se da entre círculos de intelectuales de cierta influencia que ahora miraban a España en búsqueda de identidad. Fue una crisis de identidad cultural que recorrió toda América Latina una vez que la ciega admiración e imitación a los centros desarrollados mostró tener limitaciones estructurales que el progresismo decimonónico no podía reconocer, y que la presencia del nuevo imperialismo norteamericano, mucho más agresivo que el europeo, demostraba la debilidad endémica del continente. La respuesta a esta crisis tuvo distintos signos. En un país sin una fuerte presencia india, el indigenismo no encontró bases de sustentación, pero sí se dio un nacionalismo progresista que se expresó en la literatura y en el socialismo, y una respuesta conservadora que se expresó en el hispanismo.

La importancia del hispanismo en América Latina, y más ampliamente, de una tradición hispana identificada con un estado patrimonial corporativo, católico y autoritario, ha sido con creces sobreestimada por algunos historiadores, particularmente norteamericanos⁷. Sin embargo, en Chile el hispanismo no se constituyó como una ideología autoritaria hasta la década de los treinta, en la cual un grupo de intelectuales católicos, inspirados principalmente en Ramiro de Maeztu, logró efectivamente penetrar el pensamiento de derecha, históricamente liberal, aunque nunca logró captarlo enteramente. Esta corriente hispanista, que tuvo su mayor expresión en la historiografía y en la figura de Jaime Eyzaguirre, ha estado siempre latente en la derecha chilena. En algunos momentos sus postulados parecían haber triunfado como con el golpe militar de 1973 y constituye, sin duda alguna, una fuente de primera importancia para comprender a la derecha chilena, pero es necesario entenderlo en pugna y muchas veces derrotada por la derecha liberal⁸.

⁶Paul W. Drake: "Chile", en Mark Falcoff y Frederick B. Pike, *The Spanish Civil War. American Hemispheric Perspectives*, University of Nebraska Press, 1982, pp. 251 y 252.

⁷Un buen compendio de esa visión es Howard Wiarda (ed.): *Politics and Social Change in Latin America: The Distinct Tradition*, The University of Massachusetts Press, 1982.

⁸Una excelente síntesis del desarrollo del pensamiento corporativista en la derecha chilena y que es una visión distinta de la de Wiarda *et al.* se encuentra en Paul W. Drake, "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics", en *Journal of Latin American Studies*, 10, N° 1, mayo 1978.

De todas formas, el hispanismo fue una corriente ideológica importante en la década de los treinta, antes de la guerra civil, que se verá ampliamente reforzada por el franquismo. Ya la figura de Primo de Rivera era admirada por un cierto sector conservador chileno, y la Falange Nacional, el grupo que más tarde se transformó en la Democracia Cristiana, tomó su nombre de la española y se nutrió del pensamiento católico antiliberal, aunque nunca negó su adhesión a la democracia como sistema político y a poco andar renegó de su homónima española.

En los intelectuales progresistas, y en general en la izquierda, también se produjo una revaloración de España, de la España popular, de la España clásica, de la España de los poetas. Baste con mencionar el nombre de Pablo Neruda.

Es así como al estallar la guerra civil, Chile era un país que estaba enormemente receptivo a lo que sucediera en España.

Chile en la década de los treinta era un país que estaba viviendo un proceso global de reorganización a partir de la crisis de la sociedad oligárquica. La elección de Arturo Alessandri como presidente de la República en 1920 expresó el despertar político de sectores medios, desarrollados en el siglo anterior al amparo del crecimiento estatal y que aspiraban a participar en el poder político, como el descontento de los sectores populares mineros y urbanos. El empate político entre la vieja oligarquía y una clase dirigente más moderna junto a los nuevos sectores sociales llevaron a la intervención de los militares en 1924 y a la ruptura de la larga tradición constitucional chilena. La dictadura del coronel Carlos Ibáñez (1927-1931) reprimió a todas las fuerzas políticas y particularmente al naciente sindicalismo, a la vez que emprendió una reorganización del aparato estatal y un fuerte incremento de su presencia en todas las áreas. Su caída se debió a la falta de apoyo político y principalmente a la debacle que significó para el país la gran depresión de 1929. El modelo de desarrollo hacia fuera, basado en la exportación del salitre y la importación de manufacturas, se rompió estrepitosamente. Vino entonces un período de desorden político, de rotativas de gobierno, de coaliciones inestables, en las cuales por primera vez la izquierda, expresada en el Partido Comunista y en el naciente Partido Socialista, tuvo gravitación.

La solución a la crisis fue conservadora, pero dentro de un marco constitucional democrático que se reconstruyó con Arturo Alessandri nuevamente como presidente, y con un alto nivel de negociación entre las distintas fuerzas políticas. Una vez logrado un cierto orden financiero, el

desarrollo económico se orientó más hacia el mercado interno, preparando el gran desarrollo industrial de la década siguiente. La vieja oligarquía expresada en los partidos de derecha perdió su hegemonía indiscutida, pero estuvo dispuesta a negociar y así conservar una parte importante de su antiguo poder. Los sectores medios y populares, expresados en el Partido Radical de centro-izquierda, el Partido Socialista y el Partido Comunista, formaron coalición y en 1936 nació el Frente Popular que llegó victorioso al poder en 1938.

Dentro de este marco político, es fácil imaginar cómo se alinearon las distintas fuerzas cuando estalló la guerra civil española⁹. La derecha en general apoyó a los nacionales y criticó duramente a los republicanos por demagógicos, anticatólicos y aliados de los soviéticos. Estaban con los nacionales porque éstos representaban a la vieja España, porque eran sus equivalentes en el espectro político, porque eran anticomunistas, porque defendían la propiedad privada, pero no defendían la monarquía ni el fascismo, y antes de la resolución de la guerra esperaban que Franco restaurara una democracia liberal. Para la derecha, al igual que para la izquierda, la guerra civil fue un buen argumento para atacar a su adversario, en este caso, el Frente Popular, acusándolo, durante la campaña presidencial de 1938, de que provocaría las mismas desgracias que en España.

Por su parte la coalición de centro-izquierda formada por el Partido Radical, el Socialista y el Comunista se había inspirado en buena medida en el Frente Popular español y en el francés. Su apoyo a los republicanos fue irrestricto pues representaba el ideario socialista a la vez que la defensa de la democracia contra el fascismo. El Partido Comunista formó los Comités Antifascistas, que contaron con una participación más amplia que sus militantes y contribuyeron a traer e instalar a los refugiados republicanos. También la Confederación de Trabajadores de Chile contribuyó activamente en favor de los republicanos, incluso algunos obreros participaron en la guerra, enviados a través del Club Obrero Chileno en Nueva York. Se calcula que entre cuarenta y cincuenta trabajadores e intelectuales chilenos pelearon por el bando republicano en España, siendo algunos hijos de inmigrantes españoles.

⁹Para la síntesis sobre la recepción de la guerra civil española en Chile nos hemos valido principalmente del trabajo de Drake, "Chile", *op. cit.*, que es el más completo que se ha hecho.

Los más destacados intelectuales progresistas formaron el Comité en favor de la República Española, y la Sociedad de Escritores de Chile apoyó entusiastamente la causa republicana. En general, la izquierda fue mucho más activa que la derecha en apoyar a su contraparte española, así como los españoles residentes, que en su gran mayoría apoyaron la causa republicana en revistas, periódicos y organizaciones de solidaridad.

Aunque las fuerzas contrincantes españolas tenían sus equivalentes en Chile, el contexto era muy diferente. El sistema democrático estaba aún muy lejos de romperse. Como lo señala Paul Drake, “probablemente el principal efecto de la guerra civil en la Madre Patria fue fortalecer la convicción en la mayoría de los partidos chilenos de que hacer mínimas concesiones era normalmente preferible al enfrentamiento radical”¹⁰.

El conflicto español no sólo repercutió en la vida ideológica, política y cultural chilena, sino también diplomática.

El gobierno de Alessandri mantuvo oficialmente la neutralidad ante el conflicto, pero de hecho apoyó a Franco. El punto de tensión fue el asilo en la Embajada de Chile en Madrid de alrededor de dos mil nacionales al estallar la guerra. El gobierno republicano se negó a dar una autorización general para que abandonaran el país y sólo aceptó negociar caso por caso, cuestión que motivó una fuerte presión internacional. Durante la guerra salieron alrededor de cuatrocientos cincuenta refugiados y cuando Franco tomó Madrid salieron los últimos 790. Pero en el intertanto, el signo ideológico de la Embajada chilena había cambiado con el triunfo del Frente Popular y ahora fueron los republicanos los que pidieron refugio. El mismo conflicto anterior se repetía ahora entre Pedro Aguirre Cerda y el general Franco, al cual se agregaba el apoyo chileno a los exiliados españoles en París. Franco rompió relaciones con Chile en julio de 1940, pero las restableció tres meses después, dejando salir a los refugiados. Algunos de ellos vendrían a Chile y los encontraremos en este trabajo.

Los partidos del Frente Popular fueron los más entusiastas en prestar asilo a los refugiados; más que el gobierno, que temía la oposición de la derecha y que contaba con pocos recursos debido al fuerte terremoto de 1939. A pesar de ello, se nombró a Pablo Neruda cónsul general en París para organizar la

¹⁰Paul W. Drake: “Chile”, p. 250.

solidaridad que se concretó en los 2.000 españoles que abordaron el Winnipeg en agosto de 1940. Se acusó a Neruda de haber favorecido a los comunistas en su elección de los refugiados, cuestión que Neruda más tarde desmintió, pero lo cierto es que la característica más sobresaliente de dicha migración fue su carácter popular. La gran mayoría eran artesanos, pescadores, mineros, campesinos, zapateros, etc.

El contingente de profesionales y de intelectuales fue mínimo, pero éstos se incorporaron rápidamente a la vida nacional, algunos participando en el Partido Socialista y el Partido Comunista. La mayoría de los intelectuales, sin embargo, no asumieron posiciones partidistas, sino que más bien se incorporaron a tareas culturales específicas. Es el pequeño sector sobre el que versa este trabajo.

Así como tenemos un exhaustivo estudio sobre la recepción de la guerra civil en Chile, no tenemos uno equivalente sobre la etapa del exilio. Sabemos que fueron calurosamente recibidos por distintas organizaciones políticas y culturales, así como por los españoles residentes que adhirieron a la causa republicana. Sabemos que la gran mayoría de ellos se integraron rápidamente a la vida laboral y más tarde a la sociedad chilena, pues no hay una segunda generación, hija del exilio, que haya mantenido una fisonomía de tal. La historia del exilio español en Chile es una historia por hacer, pues a pesar de la relevancia manifiesta que en la sociedad, la cultura y la política chilena tuvo el establecimiento en el país de alrededor de dos mil cien españoles refugiados, no existe ninguna investigación exhaustiva de esta migración y su incidencia en la vida nacional.

El único estudio sistemático sobre este tema, hasta donde nosotros sabemos, lo constituye el capítulo dedicado a la emigración republicana de 1939 a Chile por Vicente Llorens, incluido en el primer volumen de esa monumental obra colectiva que es *El exilio español de 1939*¹¹. En las cuatro páginas que componen ese capítulo y en las diversas referencias al exilio en Chile a lo largo de los seis volúmenes, así como en libros en que se recrea la vida cultural y política chilena de la época¹², hemos encontrado la infor-

¹¹Vicente Llorens: "La emigración republicana de 1939", en AA.VV.: *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976-1978, dos vols. El capítulo sobre Chile se encuentra en el vol. 1, pp. 159-162.

¹²Entre éstos, se destacan Luis Alberto Sánchez: *Visto y vivido en Chile, Bitácora chilena 1930-1970*, Lima, Editoriales Unidas, 1975; Pablo Neruda: *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1979; 3ª ed.; Volodia Teitelboim: *Neruda*. Buenos Aires, Losada, 1985.

mación básica sobre esta migración, particularmente la referida a intelectuales y artistas profesionales.

De ahí que estas notas sean sólo una primera aproximación, necesariamente limitada y parcial del exilio español en Chile.

El trabajo se divide en dos partes ligadas por el tema común del significado de América en los españoles exiliados en Chile. La primera versa sobre la obra de los intelectuales y artistas profesionales que nos han parecido más relevantes. Se trata de intelectuales situados en el campo de las humanidades (literatura, periodismo, ensayo, historia, filosofía), en cuyas obras hemos explorado, buscando los pensamientos e imágenes de América existentes. No nos referiremos, pues, a la visión de América en el conjunto de los exiliados, sino solamente a la que se encuentra en la obra escrita de algunos de los intelectuales humanistas incluidos en aquella migración.

La segunda parte muestra un tipo de pensamiento distinto, más coyuntural, probablemente más masivo, que se expresa a través de las publicaciones periódicas de españoles en Chile, donde se incluyen tanto aquéllas de los años de la guerra civil como de los inmediatamente posteriores. Si bien esto extiende el campo de los exiliados al de los inmigrantes, es una forma de pensamiento español que se gesta en América y que reflexiona sobre ella.

Por último quisiéramos agradecer a la Sra. María Marchant de González Vera y a la Sra. Concepción Puig de Soria el acceso a la información sobre la Editorial Cruz del Sur y a nuestro colega Alfredo Riquelme, cuyo conocimiento de la historia española y chilena en el período nos acertó camino y nos dio valiosas sugerencias.

II. LA VISION DE AMERICA EN LOS INTELECTUALES

La visión de América que es posible encontrar en la obra de los escritores escogidos se inscribe en el contexto de lo que José Luis Abellán ha denominado “segundo descubrimiento de América”¹³, es decir, la valoración de lo americano y, más precisamente, de lo iberoamericano o hispanoamericano, que realizan los intelectuales españoles exiliados en América, en un clima de

¹³Cfr. José Luis Abellán: “Filosofía y pensamiento: su función en el exilio de 1939”, en *El exilio español de 1939*, tomo 3, pp. 149-208.

aproximación surgido entre aquéllos y sus homólogos latinoamericanos durante la guerra y que se acrecienta con la convivencia cotidiana en el exilio. Este “segundo descubrimiento de América” asume dos formas, en el caso de los intelectuales españoles vecindados en Chile:

1. Impulsa una reflexión sobre lo iberoamericano en varios de ellos, que se manifiesta también con una alternativa cultural a la “hispanidad” franquista con toda su carga de imperialismo cultural. En la medida que la nueva experiencia americana es vivida como una prolongación de la española, los intelectuales exiliados enfatizarán la existencia de una comunidad cultural que comprende tanto a los países americanos como a los de la Península Ibérica.

2. Desarrolla también en varios de ellos -particularmente en los que permanecen en Chile- un interés por el país iberoamericano, al que hacen su “patria de adopción”, que se expresará en valiosas investigaciones en el campo de la historia y la cultura chilenas.

El encuentro cultural de los exiliados españoles con Chile e Iberoamérica no se agota, sin embargo, en esas obras de reflexión e investigación. Se traduce también en instituciones y prácticas culturales surgidas del encuentro entre la tradición cultural española e iberoamericana. Es por eso que en estas páginas examinaremos también lo que sin duda constituye la empresa cultural que más plenamente expresa ese encuentro en Chile: la Editorial Cruz del Sur dirigida por Arturo Soria con la colaboración de varios de los intelectuales estudiados (principalmente José Ricardo Morales y José Ferrater Mora), de otros intelectuales españoles y de diversos escritores chilenos.

1. La reflexión sobre Iberoamérica

1. José Ferrater Mora¹⁴ es el único, entre los escritores cuya obra en el exilio

¹⁴José Ferrater Mora (n. Barcelona, 1912): filósofo y ensayista, autor del famoso *Diccionario de filosofía* (1941, con numerosas reediciones ampliadas). Se trasladó en 1939 a Cuba, desde donde llegó a Chile en 1941. Durante su permanencia en este país, fue profesor de la Cátedra de Filosofía Moderna y Contemporánea en la Universidad de Chile. Entre las obras que escribió en el período que estuvo vinculado a Chile, se destacan *España y Europa* (Santiago, 1942), *Unamuno* (Buenos Aires, 1944), *Cuestiones españolas* (México, 1945), *Variaciones sobre el espíritu* (Buenos Aires, 1945), *Cuatro visiones de la Historia Universal* (Buenos Aires, 1945), *El sentido de la muerte* (Buenos Aires,

hemos analizado, que dedica un trabajo a explorar de modo explícito y sistemático el tema de lo iberoamericano. Se trata de su “Introducción al tema iberoamericano”¹⁵.

En ese trabajo, en el cual advierte acerca de la dificultad de plantear la “magna cuestión” de Iberoamérica en un “somero prefacio”, el filósofo catalán examina lo que denomina como el problema de Iberoamérica definiéndolo como el problema de la conciencia por crear.

Iberoamérica no es ni “Indoamérica”, de la cual dice que es “a lo sumo un sueño” ni “una mera prolongación de Europa”¹⁶.

Descartando como “irreal” el indoamericanismo¹⁷, se concentra en demostrar el carácter no europeo de Iberoamérica, partiendo del supuesto que “aún en el caso que imaginaríamos a esta América como algo situado dentro del ámbito de la Península Ibérica, y en particular de España [como veremos que él lo imagina ya desde que bautiza a esta gran porción del nuevo mundo como Iberoamérica], podríamos caracterizarla como un fragmento de la realidad europea”¹⁸. Esto es así porque “tampoco en el rigor de los términos podemos decir que España sea estrictamente europea”¹⁹.

Este raciocinio no hace sino continuar, aplicándola ahora al nuevo continente, la reflexión ya desarrollada por el autor respecto de lo hispánico, en sus obras *España y Europa*²⁰ y *Cuestiones españolas*²¹. En síntesis, Ferrater Mora había sostenido entonces que España no era una Europa disminuida, sino otra cara o momento europeo, la cual “ha conservado, contra viento y marea, a lo largo de tres siglos, algunos esenciales gérmenes europeos que, tras rehacer penosamente su camino, Europa se ha visto obligada a rehacer de nuevo”²². Lo hispánico representaría la existencia, la vida, los modelos

1947) e *Introducción al tema iberoamericano* (Santiago, 1947). A partir de 1947 se estableció en Estados Unidos, donde continuó desempeñando la docencia universitaria y desarrollando su obra de ensayos filosóficos. En 1967, la *Revista de Occidente* publicó sus *Obras selectas*.

¹⁵José Ferrater Mora: “Introducción al tema iberoamericano”, prefacio a Eduardo Haumy: *Tres ensayos americanos*, Santiago, 1947.

¹⁶*Ibid.*, p. 11.

¹⁷*Ibid.*, íd.

¹⁸*Ibid.*, íd.

¹⁹*Ibid.*, íd.

²⁰José Ferrater Mora: *España y Europa*, Santiago, Cruz del Sur, 1942.

²¹José Ferrater Mora: *Cuestiones españolas*, México, El Colegio de México, 1945.

²²José Ferrater Mora: “Introducción al tema iberoamericano”, *op. cit.*, p. 11.

humanos, en contraposición a la esencia, la razón y los modelos mecánicos que caracterizan a la fraternidad europea y occidental en general.

En definitiva, lo que distinguiría esencialmente al mundo hispánico del mundo europeo sería que “mientras la forma de vida europea se halla, como Américo Castro ha visto certeramente, abocada a las cosas, la forma de vida española se orienta decisivamente hacia las personas”²³.

Consecuencialmente podemos afirmar que Ferrater Mora subsume lo iberoamericano en lo ibérico al afirmar en su “Introducción al tema iberoamericano” que “si miramos a vuelo de pájaro el ancho continente iberoamericano y prescindimos de sus múltiples diferencias internas, repararemos, a poco que ahondemos en su constitución que esta misma orientación hacia la persona (que sería la característica distintiva más radical de España) es lo que forma la parte tal vez más sustancial de su entraña”²⁴.

En ese mismo sentido de inclusión de lo iberoamericano en lo ibérico o de Hispanoamérica en el “mundo hispano”, apunta su afirmación de que los “supuestos esenciales” de esta parte de América se encuentran “esencialmente derivados de la constitución misma del mundo hispánico”, y que es a partir de esos supuestos que aquélla debe constituir su personalidad²⁵.

La conciencia iberoamericana por crear deviene creación de la conciencia de formar parte del mundo hispánico. Aunque el filósofo catalán no lo formule así, bien podría afirmar lo que había partido poniendo en condicional: esta América es algo situado en el ámbito de la península ibérica; no es indígena ni europea, sino hispánica.

Ferrater Mora deslinda cuidadosa y explícitamente lo que podemos llamar su “hispanismo” del que pregonaban en la época los corifeos de la dictadura franquista en *Cuestiones españolas*. En esta obra sostiene que la gran empresa que los españoles necesitan para emerger de su “provinciano vivir” es “colaborar, sin menoscabo de su pertenencia a Europa, al fortalecimiento y al pulimiento de ese mundo hispánico que se extiende por todas las tierras de Iberoamérica. Este es el sentido de su misión y la más alta gesta posible de su historia”²⁶.

²³*Ibid.*, pp. 11 y 12.

²⁴*Ibid.*, p. 12.

²⁵*Ibid.*, pp. 13 y 14.

²⁶José Ferrater Mora: *Cuestiones españolas, op. cit.*, pp. 59 y 60.

La gran empresa no tiene nada que ver “aún en cierto modo en lo inverso” de la consigna franquista de “resucitar un pasado imperial que ni siquiera se tomaron la pena de estudiar en qué había verdaderamente consistido”²⁷.

“Desde México hasta la Tierra del Fuego se siente, oscura, pero no menos apremiante, la necesidad de echar a andar un modo de civilización que acaso tiene muchas fallas, que tal vez ha heredado grandes pobreza, pero que no puede ser sustituida por ninguna otra [...].

“Si los españoles [...] tienen ganada [...] la batalla [por ese mundo], no es [...] porque se trata de algo que ellos tengan propiamente que ganar, al modo como se gana una colonia o se conquista un imperio, sino porque esa superación de sí mismo, ese salir de sí para entregarse a otro, es la única salvación factible. Con esto podrá advertirse que lo que aquí se propugna no tiene gran cosa que ver con el usual vacío iberoamericanismo. No se trata, en efecto, simplemente de “fomentar” las relaciones culturales entre la Península y la América de habla latina, ni menos aún empeñarse en una lucha de influencias con otros países para conseguir mercados ni tampoco para efectuar lo que se llama con expresión abominable, “penetraciones culturales”. La Península no necesita entrar dentro de esta América, porque, repetimos, está ya dentro de ella”²⁸.

El “hispanismo” o “iberoamericanismo” de Ferrater Mora no consistiría, pues, como en el caso de los nostálgicos del Imperio, en la imposición de una dominación cultural española sobre América. Se trataría, por el contrario, de la imposibilidad de oponer una a otra, en cuanto peninsulares y americanos compartirían una misma condición, la de iberoamericanos o hispánicos, que los distinguirían a su vez de las otras formas de vida existentes en Occidente.

La posibilidad de concebir lo hispánico como una forma de vida compartida por peninsulares y americanos, más allá de su nacionalidad, se cimenta en su concepción de España -y por ende de lo hispánico- como una actitud situada más allá de fronteras temporales y espaciales.

En *España y Europa* ya había expresado: “[...] la ausencia de límites, no sólo geográficos, más bien culturales hace, pues, de España, si queremos llevar las cosas a un extremo, algo que se parece muchísimo más a esa entidad

²⁷ *Ibid.*, p. 59.

²⁸ *Ibid.*, pp. 60 y 61.

celestial y eterna de que Miguel de Unamuno nos ha hablado, que a realidad histórica. Tal vez sería aquí donde podríamos encontrar la razón de que, pese a las mismas realidades históricas violentamente impuestas en el curso de su vida, España haya podido dar origen en América no a un conjunto de colonias, sino a un enjambre de naciones. En realidad, el que sea auténticamente español no puede sentir la pérdida de América como la desintegración de un imperio, como un desastre, sino como un parto. Y el parto no se mide por su dolor, sino por su fecundidad, aunque esta fecundidad represente dar origen a seres independientes y separados, como lo es inevitablemente todo hijo. Pero sería tal vez equivocado dar a España el calificativo, que una nueva literatura oficial ha difundido, de “madre de naciones”. Sería equivocado, porque lo que, en el fondo, ha importado a España en esta obra de gestación ha sido menos constituir realidades históricas que hacer a los demás de alguna manera participar de sus principios, miembros de una mística sociedad a la cual se puede pertenecer sin renunciar a nada, excepto al alma”.

Y en su *Unamuno* nos ha dicho que el momento *del alma*, que con los de *la conciencia y la forma* representan las tres actitudes fundamentales del “espíritu de Occidente”, es “el más perdurable”, “el más utópico”, “una inquietud permanente” y “un permanente sosiego” que caracteriza al “[...] perfecto y eterno 'hombre hispánico'”. Por el cual no hay que entender precisamente el representante de una cultura y de una historia, sino aquel que está siempre ansioso de sobrepasar toda cultura y toda historia, el que pretende ser, aunque de muy distinta manera que el renacentista, el *uomo universale*. Un hombre a quien no importan los gestos, sino los sueños [...] el español llega a sentirse como expresión de humanidad en el mismo sentido en que el clásico latino lo formulaba: porque nada humano y universal puede serle ajeno”²⁹.

“[...] podríamos decir que España no es una nación ni un Estado, ni una raza, ni una cultura, ni una lengua, ni una profesión de fe positiva, ni una historia, porque es algo a mi entender superior a todo esto: una *actitud*”.

“La raíz de España, raíz moral más que material, raíz religiosa más que histórica, es así su actitud frente al mundo y frente a los hombres [...]”³⁰.

²⁹José Ferrater Mora: *Unamuno: las quejas de una filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1947, pp. 7 y 8.

³⁰José Ferrater Mora: *España y Europa, op. cit.*, pp. 49-51.

Esa actitud hispánica, compartida por peninsulares y americanos, será definida por Ferrater Mora como la orientación a la vida, las existencias y los modelos humanos; en contraposición a la actitud de la modernidad europea y norteamericana, orientada a la razón, las esencias y los modelos mecánicos. Sin embargo, no verá en ellas actitudes antagónicas. Por el contrario, las concebirá como los dos momentos constitutivos de Occidente, el cual sólo puede superar la crisis en que se encuentra sumido mediante el encuentro de ambas dimensiones: humanismo y tecnologismo.

En ese marco, la misión del mundo hispánico será la preservación y el enriquecimiento de la actitud humanista.

Para Ferrater Mora, el que el mundo hispánico pueda cumplir la misión que le corresponde en el seno de Occidente, dependerá en gran medida de la manutención de Iberoamérica en ese mundo, es decir, de que en esta parte del Nuevo Continente sigan vigentes los elementos que caracterizan a lo hispánico, sintetizador en lo que el filósofo catalán denomina “la orientación hacia modelos humanos”³¹.

Es por eso que, aunque no se plantea un antagonismo entre esa orientación y la característica de la modernidad europea y norteamericana, Iberoamérica debe ser preservada del peligro de abandonar su actitud intrínseca transformándose en el mero *backyard* de los Estados Unidos; los cuales, por lo demás, “han llevado a extremos casi inconcebibles la mentada orientación hacia la cosa” al carecer de “una serie de cimientos” que a Europa le impidieron, con todo, “llevar a sus postreras consecuencias ciertos postulados de la vida moderna”³².

Ferrater Mora sitúa así también en el Nuevo Continente la contradicción ya planteada en el Viejo entre el humanismo hispánico y el tecnologismo moderno. La contraposición España-Europa deviene contradicción Iberoamérica-Norteamérica. En ella radica, más que en otros factores, “lo que fundamenta la posibilidad de cualquier diferencia entre ella [Iberoamérica] y Norteamérica”³³.

“Iberoamérica se siente situada en el extremo opuesto de aquel en que

³¹Cfr. José Ferrater Mora: “Introducción al tema iberoamericano”, *op. cit.*, pp. 11-13, y *Cuestiones españolas*, *op. cit.*, pp. 54-70.

³²José Ferrater Mora: “Introducción al tema iberoamericano”, *op. cit.*, p. 12.

³³*Ibid.*, íd.

Norteamérica se halla colocada. No sólo, desde luego, porque una carezca de técnicas y la otra las posea en una proporción casi fabulosa. Sino, y sobre todo, porque cada una de ellas ve de manera diferente la inserción de la técnica en la existencia humana. En una cierta medida, y siempre que reconozcamos la exageración de tales fórmulas, podríamos decir que para Norteamérica la técnica es lo que hace al hombre y que para Iberoamérica la técnica es lo que el hombre hace”³⁴.

El proyecto que Iberoamérica requiere para crear su conciencia de sí y constituir su personalidad, en correspondencia con sus características más radicales, no puede ser el construirse como “prolongación de Europa”³⁵, ni como “modelo forjado sobre el esquema de Norteamérica”³⁶, sino como una parte no menos importante que España del mundo hispánico. Sólo construyéndose así, como Iberoamérica, podrá asumir el papel que le corresponde en el Occidente, del cual, como parte del mundo hispánico, “forma también, y de una manera muy especial, parte [...]”³⁷.

“Sólo así será posible que la contribución de Iberoamérica al Occidente no sea una mera imitación, sino algo hecho enteramente desde sí misma y por sí misma”³⁸.

2. *Arturo Serrano Plaja*³⁹ es otro de los intelectuales españoles exiliado en Chile, en cuya obra hemos encontrado una reflexión sobre América; aun cuando, a diferencia de José Ferrater Mora, se trata de una reflexión marginal en una obra consagrada a otro propósito: realizar una biografía histórica del presidente mexicano de la época: *Avila Camacho*⁴⁰.

³⁴*Ibid.*, pp. 12 y 13.

³⁵*Ibid.*, pp. 11 y 14.

³⁶*Ibid.*, p. 14.

³⁷*Ibid.*, pp. 15 y 16.

³⁸*Ibid.*, p. 16.

³⁹Arturo Serrano Plaja (n. 1909): escritor. Colaborador en España de la revista *Cruz y Raya* y de *Hora de España* durante la guerra. Publicó el libro de poemas *El hombre y el trabajo*, Barcelona, 1938. Permaneció poco tiempo en Chile, pasando luego a Argentina y Francia; desde 1961, se estableció en Estados Unidos como profesor de Literatura española. En 1942 publicó en Buenos Aires el libro de cuentos *Del cielo y el escombros*, uno de cuyos cuentos -el que da su nombre al libro- está fechado en Santiago de Chile, 1941. De ese mismo año, 1942, es su libro publicado en México, *Avila Camacho*. Posteriormente ha publicado diversas obras sobre literatura y cultura españolas, junto a su propia creación literaria.

⁴⁰Arturo Serrano Plaja: *Avila Camacho*, Buenos Aires, Americanas, 1942.

En la introducción a este trabajo, “De la Nueva España a los Estados Unidos de México”⁴¹, Serrano Plaja discute la afirmación de sentido común acerca del odio a los españoles que caracterizaría a los mexicanos, encarnada en el vocablo peyorativo de “gachupines”, con el cual designan a aquéllos.

Se pregunta el autor cómo es posible compatibilizar ese supuesto odio, con el afecto y la solidaridad que los mexicanos han prodigado a los republicanos españoles durante la guerra y posteriormente en el exilio.

En síntesis, se responde que no hay tal odio genérico español y que la expresión “gachupín” sólo se aplica a un tipo español: el explotador. En apoyo de su tesis sostiene que “cuando el pueblo español empleó el fusil para luchar contra sus enemigos tradicionales, la despectiva palabra 'gachupín' si fue empleada, lo fue para referirse a Franco y sus representantes en América [...]”⁴².

Lo que nos interesa, desde el punto de vista de una reflexión general sobre Iberoamérica, es que Serrano Plaja niega la afirmación habitual de un resentimiento contra el español enraizada en el acto mismo de la conquista, trasladando el problema a etapas posteriores al establecimiento de la Nueva España. No es el “conquistador heroico”, el “soldado magnífico”, el blanco de la ira de los mexicanos; sino el “burócrata pernicioso”, el “comerciante lleno de avaricia”, el “encomendero cruel” que vinieron posteriormente a sustituirlo⁴³.

La argumentación que el autor desarrolla para negar que la conquista haya producido un abismo de odio entre mexicanos y españoles, nos ha interesado en cuanto existe en ella una visión, que se generaliza a todo el continente, de ese momento fundacional de Iberoamérica; y que constituye, por lo tanto, un elemento decisivo de una concepción de ésta.

“Fue, ante todo, una empresa política de transformación, de revolución -bien que frecuentemente llena de lamentables excesos- de un orden azteca que siendo en sí mismo injusto y tiránico sucumbió a una injusticia y tiranía superiores y más avanzadas. Fue, si se quiere y para expresarlo con vocablos no enteramente ajustados al fenómeno [...], la misma revolución que en Europa significó la tiranía de la monarquía absoluta del imperio español, por

⁴¹ *Ibid.*, pp. 9-21.

⁴² *Ibid.*, p. 20.

⁴³ *Ibid.*, pp. 14-21.

ejemplo, arrebatando el poder a las múltiples tiranías de los señores feudales. No era, ciertamente, un cambio de la injusticia absoluta a la absoluta justicia; pero sí, relativamente, la transposición de una sociedad primitivamente feudal en una moderna monarquía absoluta.

“La centralización debía cumplir y cumplió un papel histórico, pues si en nombre de la cristiana cruz y del imperio español se cometieron desmanes y crueldades, no es menos cierto que dichos desmanes disminuyeron y que dichas crueldades fueron menores que aquellas con que unas y otras tribus se trataban entre sí al comerse recíprocamente sus prisioneros, al exigir a sus pueblos sacrificios de vidas humanas a los dioses, etc.

“[...] siendo el mundo español de entonces, la cultura española de aquella época, objetivamente más desarrollada, más avanzada que la del imperio azteca, los pueblos sometidos a los invasores, gracias a éstos, pudieron incorporarse y de hecho se han incorporado al mundo moderno.

“Esto no puede justificar, claro está, ni justifica la esclavitud que bajo el nombre de encomiendas se ocultaba para los pueblos vencidos. Pero el fruto español en México -como en el resto de América- no era únicamente la encomienda. Con las armas imperiales llegaban al Nuevo Mundo nuevos conceptos morales [...] y a más de ellos nuevas formas de producción, nuevos métodos de trabajo, nuevos conocimientos en general [...].

“[...] la conquista realizada hace cuatrocientos años [...] en unas condiciones que bien podrían equipararse a la conquista de la misma España por los romanos; conquista que si fue justa o injusta en su momento, en la historia de la civilización no se mide por esos valores sino por los resultados objetivos que la diferencia enorme de nivel cultural, político y social significaba, pese al hecho mismo de la injusticia primitiva [...]”⁴⁴.

Extrapolando algunas conclusiones a partir de la argumentación de Serrano Plaja, podemos afirmar que su visión de Iberoamérica es la de un continente que se incorpora al mundo moderno (desarrollado, avanzado) mediante su conquista por España.

3. *Antonio Aparicio*⁴⁵, en su libro *Cuando Europa moría o doce años de*

⁴⁴*Ibid.*, pp. 17-19.

⁴⁵Antonio Aparicio (n. 1918): periodista y locutor de radio. Exiliado en la Embajada chilena en España al terminar la guerra, llegó a Chile en el Winnipeg en 1939. En nuestro país colaboró en *España Libre* y publicó el libro *Cuando Europa moría o doce años de terror nazi* (1946). Pasó luego a Santo Domingo y Venezuela, donde vivió largos años antes de regresar a España.

*terror nazi*⁴⁶, valora también positivamente la conquista española de América como el acto mediante el cual este vasto continente fue incorporado a la civilización. Esto lo hace en una digresión muy marginal de su trabajo, en la cual pretende demostrar la perversidad de las “salidas al mundo” de Alemania, en contraposición a los aspectos civilizadores que incluyeron los de España, Francia e Inglaterra.

“Cuando la gran monarquía española del siglo XVI se lanza fuera de sí, armada de cruces y espadas, lleva una dosis de ambición santificada por otra de heroísmo y de sacrificio, a costa de la cual la órbita de la civilización se ensancha con la otra mitad del mundo, invisible hasta entonces”⁴⁷.

4. *Leopoldo Castedo* es el único de los intelectuales españoles exiliados que hasta ahora hemos visto donde Iberoamérica no aparece como una pura creación hispánica, sino como un mundo cultural complejo producido por el choque y encuentro entre la cultura peninsular y las diversas culturas autóctonas⁴⁸. Esto se explica en gran medida porque Castedo se dedicó al estudio del arte iberoamericano, en el cual la presencia indígena es ineludible y porque en el tiempo transcurrido entre la llegada de los exiliados a Chile y que Castedo publicó sus primeros trabajos en el tema (fuera de Chile) la cultura indígena fue ampliamente reivindicada y los patrones eurocentristas entraron en desuso⁴⁹.

Castedo, tomando como hilo conductor la historia del arte en el nuevo continente, afirma la existencia de una identidad latinoamericana distinta de la europea. Sostiene que “esa identidad iberoamericana es mucho más acusada en los países de fuerte mestizaje”⁵⁰. Por otra parte, sostiene que la

⁴⁶Antonio Aparicio: *Cuando Europa moría o doce años de terror nazi*, Santiago, 1946.

⁴⁷*Ibid.*, pp. 204 y 205.

⁴⁸Entrevista a Leopoldo Castedo preparada por la Asociación de Investigaciones y Especialización sobre temas Iberoamericanos (AIETI), Madrid, p. 18. Leopoldo Castedo es historiador, especialista en historia de Chile y del arte iberoamericano. Llegó a Chile muy joven en 1939, a bordo del Winnipeg. Colaboró con Francisco Antonio Encina en la preparación de su monumental *Historia de Chile* en 20 tomos (1940-1952). En 1954 se publicó su libro *Resumen de la Historia de Chile*, del cual se han hecho 17 ediciones hasta la actualidad. Ha escrito además diversas obras sobre historia del arte en Hispanoamérica. Desde 1961 ha sido profesor universitario en los Estados Unidos. Reside actualmente en España.

⁴⁹En Chile publicó en 1970 *Historia del arte y de la arquitectura latinoamericana. Desde la época precolombina hasta hoy*, Santiago, Pomaire, 1970.

⁵⁰Entrevista a Leopoldo Castedo preparada por la AIETI, p. 5.

originalidad americana no es el mero producto del encuentro cultural entre españoles e indígenas, sino que lleva también la impronta de influencias europeas no españolas y también africanas.

Sin embargo asume que son los modelos españoles los que se imponen en América, aun cuando América los va modificando permanentemente desde un principio, sobre el terreno de un cruce de complejas influencias culturales exógenas y endógenas.

El que los modelos españoles, aunque modificados, con todo se impongan, nos hace pensar que Castedo, más que en una identidad iberoamericana mestiza, piensa en una identidad iberoamericana mestizada.

Esta identidad mestizada, anclada en los elementos comunes a las diversas culturas nacionales o regionales americanas, sostiene Castedo, es más acusada en el plano del arte y la cultura, que en los de la economía y la política.

En función de esto último, el autor señala su convicción de que la integración latinoamericana, más que partir de la economía y la política, debe comenzar por la integración cultural.

5. *Pablo de la Fuente*⁵¹ nos muestra el caso de una América no vista por el dolor del exilio y lo hemos incluido precisamente por eso. Todas sus novelas escritas en Chile suceden en España y están relacionadas con los conflictos de la guerra, la derrota y la resistencia a Franco. Su primer libro publicado aquí lleva el título que marcará su obra: *Sobre tierra prestada*. En ella relata los últimos episodios de la guerra y su viaje en barco al exilio. El capítulo que relata su llegada a América se titula “Vamos de paso”, y eso es América, un largo camino para volver a España: “¿Una nueva vida?, se pregunta, ¿hasta qué punto? América es un continente nuevo, pero en nada está separado del destino de Europa. Para nosotros América es el lazo de

⁵¹Nació en Segovia en 1906. Su labor de novelista la comenzó en España durante la guerra cuando publica *El hombre solo*. Al finalizar la guerra se refugió en la Embajada de Chile, donde fue redactor de la revista *Luna*. Luego pasa a Chile. Colabora en la revista *España Libre* y publica *Sobre la tierra prestada* (Santiago de Chile, Nuestro Tiempo, 1944); *Los esfuerzos inútiles* (Santiago de Chile, Nuevo Extremo, 1949); *Este tiempo amargo* (Santiago de Chile, Nascimento, 1953) y *El señor Cuatro y otras gentes* (Santiago de Chile, Zig-Zag, 1954). Después de su permanencia en Chile publica *La despedida* (1966) y *El retorno* (1969) donde relata el mismo desarraigo de la vuelta a España. Fue funcionario internacional en Roma. Sobre su obra véase Santos Sanz Villanueva, “La narrativa del exilio”, en *El exilio español de 1939*, tomo IV, p. 163.

relación con España, con el último día de nuestra República, con el último instante de un Madrid entrevisto desde sus balcones de la Embajada de Chile [...] hemos emprendido un viaje de peregrinación, un andar errante que nos impedirá dejar huellas en el suelo prestado por el que vamos de paso”⁵². Y está de paso porque “nuestra meta es España siempre, pasando por Chile”⁵³. Las últimas palabras de la obra reiteran esta idea aún con mayor dramatismo: “De España nuestro recuerdo, en nombres, fechas, personas, vidas. No podemos volver a nacer ya. El tronco de nuestra vida está allí: hermanos nuestros lo cuidan con su sangre, para que sintamos de nuevo aquella savia que no podremos encontrar jamás mientras estemos de paso y sobre tierra prestada”⁵⁴.

Sus novelas siguientes, como decíamos, transcurren en España, algunas son de corte psicológico y otras más políticas. Es el caso de *Este tiempo amargo*, premiada por la Alianza de Intelectuales de Chile en 1949 y editada en 1953, que trata de la resistencia guerrillera a Franco. La novela había sido escrita en 1944, sin embargo no logró encontrar editor. Con cierto resentimiento, De la Fuente dice en el prólogo de 1953 que esto se debió a problemas políticos. “Curioso es también saber que editoriales de signo pretendidamente antifascista pretextaron carecer de posibilidades de imprimirlo”⁵⁵, y reitera la validez y presencia de la resistencia armada en ciudades y montañas a pesar del tiempo transcurrido.

De la Fuente nos muestra el caso del exiliado para el cual América no logra transformarse en un material enriquecedor y creativo porque el dolor del exilio parece no encontrar sublimación.

2. El “descubrimiento” de Chile y la incorporación creadora a la cultura chilena

Como ya lo hemos dicho, en los intelectuales españoles exiliados en Chile, el “segundo descubrimiento de América” no estuvo referido solamente al

⁵²Pablo de la Fuente: *Sobre tierra prestada*, Santiago de Chile, Nuestro Tiempo, 1944, p. 295.

⁵³*Ibid.*, p. 296.

⁵⁴*Ibid.*, p. 298.

⁵⁵Pablo de la Fuente: *Este tiempo amargo*, Santiago de Chile, Nascimento, 1953. Prólogo.

conjunto de este continente, sino que se manifestó también de un modo más específico como “descubrimiento” del país al que llegaron, lo que se expresó en valiosas contribuciones en el campo de la historia general y cultural chilenas. Esto ocurrió particularmente en el caso de aquellos escritores que se establecieron más definitivamente en Chile, haciendo de este país su “patria de adopción”.

1. *Leopoldo Castedo* expresa en la entrevista a que hemos hecho mención los motivos que lo llevaron a elegir a Chile entre las diversas alternativas que tuvo al abandonar España: “Mi vocación por ir a Chile era una cosa intuitiva, tal vez. Yo había escrito bastante sobre Chile y el Frente Popular chileno. [...] me producía mucho entusiasmo ver que en Chile se repetía el proceso del Frente Popular español y francés”⁵⁶.

Sostiene Castedo, en esta entrevista, que su inserción en el país fue un proceso que vivió sin grandes rupturas, lo que lo lleva incluso a cuestionar el concepto de “exilio” para definir su establecimiento en Chile:

“[...] yo no soy muy entusiasta por emplear la palabra exilio, porque para mí no hubo exilio. [...] prácticamente a las pocas horas de estar en Chile yo me sentí totalmente identificado por ese país. Fue para mí una real segunda patria. [...] yo pensé, al ganar Franco la guerra con los italianos y los alemanes, los moros, que para España se abría un período, como desgraciadamente sucedió, tan largo por delante que mi voluntad fue desde el principio integrarme con el país que me acogía, y me hice prácticamente chileno desde el día siguiente de la llegada. Y lo sigo siendo además, y a mucha honra”⁵⁷.

“[...] la generación de los que tenían alrededor de treinta años cuando se produjo el exilio, que ya estaban formados, han tenido una nostalgia de la España perdida mucho mayor que los que teníamos veinte, que estábamos empezando nuestra vida. Por consiguiente, yo me sentí, repito, totalmente identificado con Chile, además por otra razón. Porque en Chile yo encontré lo que había perdido en España, es decir tolerancia, democracia, entendimiento entre la gente, y una acogida absolutamente emocionante. Nosotros que veníamos de Francia ya como los proscritos de la Europa de esa época, los 'rojos', poco menos que forajidos, vernos convertidos en hombres cuando llegamos a Chile, fue naturalmente otro factor que contribuyó muchísimo

⁵⁶Entrevista a Leopoldo Castedo preparada por la AIETI (Madrid), p. 5.

⁵⁷*Ibid.*, pp. 5 y 6.

a esta dedicación y a esta entrega total a la entraña del pueblo chileno”⁵⁸.

Castedo generaliza las características de su encuentro con Chile a lo vivido por el conjunto de los intelectuales españoles que se establecieron en nuestro país a partir de 1939, aunque señala que él fue quien experimentó este proceso con la mayor radicalidad: “[..] nosotros nos integramos todos muy directamente con la vida intelectual y cultural chilena. Debo decir, modestia aparte, con muy poca modestia, que el que más se integró fui yo, me parece, sobre todo por mi dedicación a la historia de Chile, y por la publicación de mi *Historia de Chile* después”⁵⁹.

En efecto, Leopoldo Castedo colaboró estrechamente con el historiador chileno Francisco Antonio Encina, desde 1940, en la preparación de su *Historia de Chile* en veinte tomos⁶⁰. Posteriormente, entre 1947 y 1953, Castedo escribió una síntesis de esa monumental obra, la cual fue publicada en tres tomos con el título de *Resumen de la Historia de Chile (1535-1891)*, alcanzando hasta la actualidad diecisiete ediciones⁶¹. En 1982 se publicó el cuarto tomo del *Resumen (1891-1925)* no basado ya en la obra de Encina, sino íntegramente realizado por Castedo⁶².

El resumen de la obra de Encina realizado por Castedo incluyó iconografía y varios capítulos sobre historia cultural que no estaban en el trabajo original. Este mismo énfasis en la historia cultural chilena caracteriza al cuarto tomo escrito por Castedo.

Con todo ello, Leopoldo Castedo se ha ganado un lugar de privilegio en la historiografía chilena contemporánea, tanto en el campo de la historia general como en el de la historia cultural.

2. *Vicente Salas Viu*⁶³ es otro de los exiliados españoles en Chile que no

⁵⁸ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 7.

⁶⁰ Francisco Antonio Encina: *Historia de Chile*, Santiago, Nascimento, 1940-1952.

⁶¹ Leopoldo Castedo: *Resumen de la Historia de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1954.

⁶² Leopoldo Castedo: *Resumen de la Historia de Chile 1891-1925*, tomo IV, Santiago, Zig-Zag, 1982.

⁶³ Vicente Salas Viu (Madrid 1911-Santiago 1967): escritor, compositor y crítico musical. Antes de la guerra, se había revelado como agudo ensayista en *Cruz y Raya*, publicando también numerosos artículos y narraciones en otras revistas y diarios. De 1935 data su primer libro, *Los viajes*. Durante el conflicto publicó *Diario de un soldado* (1937) y *Las primeras jornadas y otras narraciones de la guerra española* (Barcelona, enero de 1939; reeditado en 1940 en Santiago de Chile). En Chile se consagró a la enseñanza de la música y a la composición en el Conservatorio Nacional y la Facultad de Bellas Artes. Entre sus numerosos libros, destacan *La creación musical en Chile. 1900-1951* (Santiago, 1952) y *La espaciosa soledad, cuentos* (Santiago, 1960).

sólo “descubre” este país para sí, sino que, mediante su obra literaria y musicológica, hace visible para los propios chilenos aspectos de su cultura que no habían sido suficientemente explorados por éstos.

En su principal trabajo de investigación, *La creación musical en Chile. 1900-1951*⁶⁴, presenta un panorama de la creación musical contemporánea en Chile y un exhaustivo estudio, biográfico, crítico y analítico, de cada compositor y de sus obras.

En su libro de cuentos *La espaciosa soledad*⁶⁵ (¡qué título más típicamente americano!) se encuentran por igual temas, personajes y escenarios españoles y chilenos. En uno de estos cuentos⁶⁶, un violinista italiano, que había estado vecindado en Chile hacía varias décadas, declara a su viejo amor, que ha reencontrado al volver, por qué ha vuelto a Chile (la verdad es que vuelve de paso y a buscarla a ella): “En todo ese duro tiempo, Chile se presentaba a mi imaginación pleno de paz espiritual, imagen imborrable de la época en que soñé lo que no ha sido. Volver aquí se me representaba reintegrarme a mi ser. Por eso no quise hacerlo como concertista en gira. Quería venir a mi gusto a sentirme el de antes hasta donde fuese posible, [...]”⁶⁷.

3. *Antonio Rodríguez Romera* (Antonio R. Romera)⁶⁸ realiza en el campo de las artes plásticas, y concretamente de la pintura, una labor análoga a la efectuada por Salas Viu en el campo de la creación musical y por Castedo en los ámbitos más amplios de la cultura y la historia.

Su *Historia de la pintura chilena*⁶⁹ examina la evolución del arte pictórico en Chile desde la independencia nacional. El libro se estructura como una respuesta a la interrogante sobre “si existe una expresión verdadera y auténtica, caracterizada, del arte pictórico chileno”⁷⁰, o planteado de otro

⁶⁴Vicente Salas Viu: *La creación musical en Chile. 1900-1951*, Santiago, Universitaria, 1952.

⁶⁵Vicente Salas Viu: *La espaciosa soledad*, Santiago, Universitaria, 1960.

⁶⁶Vicente Salas Viu: “Sol en la nieve”, en *La espaciosa soledad*.

⁶⁷*Ibid.*

⁶⁸Antonio Rodríguez Romero (Cartagena, 1908-Santiago de Chile, 1975): crítico de arte, dibujante y caricaturista. Alcanzó rápidamente notoriedad en Chile. Colaborador del diario *El Mercurio*, publicó diversos libros de caricaturas y de arte. Autor de *Historia de la pintura chilena* (1952) (4ª edición, 1976). Sus obras las firmaba Antonio R. Romera.

⁶⁹Antonio R. Romera: *Historia de la pintura chilena*, Santiago, Zig-Zag, 1951 (1ª edición. Reediciones en 1960, 1968, 1969 y 1976, aumentadas).

⁷⁰*Ibid.*, p. 11.

modo: “¿Existe una actividad artística que pueda merecer estrictamente el título de nacional? ¿Se dan en el mundo de la pintura y de la escultura rasgos específicos que sean, en el rigor de la palabra, nuestros y nada más que nuestros?”⁷¹.

Esta interrogante es respondida afirmativamente por Romera: “Para nosotros no hay duda. Existe una pintura chilena”⁷². Esto es así, nos dice el autor, porque aun cuando la producción plástica nacional es plural y diversificada (lo que es propio de tal actividad nacional) y se encuentra sujeta al influjo de tendencias exógenas (lo que también es natural, en la medida que la plástica chilena se desarrolla en el marco de la cultura de Occidente), existen en ella “caracteres autóctonos” e “incitaciones que parten de la tierra misma” que le imprimen su identidad⁷³. Establecida, entonces, la existencia de una actividad pictórica propiamente nacional, queda pendiente determinar su naturaleza.

Para ello, Romera contempla y analiza la obra pictórica chilena en su evolución histórica, concluyendo que en ella, “a lo largo de casi dos siglos, se pueden advertir ciertas constantes, unos rasgos persistentes en los cuales queda inscrita la personalidad de nuestros artistas”⁷⁴.

Estas constantes son cuatro elementos que, según el autor, reaparecen siempre: i) la presencia dominante del paisaje, ii) el predominio del color sobre el dibujo, iii) el carácter sentimental, iv) el influjo francés (fenómeno casi universal, que en Chile adquiere mayor persistencia por la “mayor porosidad del espíritu de sus artistas”).

Romera examina cómo estas constantes han permanecido a través de los grandes períodos de nuestra plástica nacional: a) de la “Exaltación” (referida a las hazañas y próceres de la independencia: “un ‘arte comprometido’, *avant la lettre*, de exaltación de una patria conquistada”); b) de la “Realidad” (que se abre con la “generación del medio siglo” volcada a la naturaleza y que continúa la generación posterior orientada a lo antropomórfico); c) el que se abre con el Grupo Montparnasse hacia 1928, cuando se inicia el desplazamiento de la realidad por la obra de arte en sí misma; d) el que se desarrolla

⁷¹ *Ibid.*, p. 12.

⁷² *Ibid.*, p. 11.

⁷³ *Ibid.*, id.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 12.

desde 1950, en torno a la Escuela de Bellas Artes (que lleva a sus últimas consecuencias los presupuestos de la etapa anterior).

4. *Eleazar Huerta*⁷⁵, profesor de literatura, no se dedicó a temas chilenos, sino al estudio crítico de la literatura clásica española, y en ese sentido hizo un gran aporte al medio chileno, particularmente universitario. Escribió extensos tratados sobre el Cid, sobre Cervantes, sobre la obra literaria como estructura. Escribió artículos sobre Unamuno, sobre Azorín, sobre los grandes de la literatura española, como puede apreciarse en su extensa bibliografía⁷⁶.

No hizo una reflexión sistemática sobre América ni sobre Chile, pero se puede entrever que su dolor de exiliado, que fue mucho, lo volcó a profundizar y fomentar lo que más ligaba a su patria natural con la de adopción: el idioma, la literatura, entendidos como patrimonio común.

Su obra es impersonal, pues es académica, pero trasluce su identificación con el destierro del Cid y con la importancia del exilio en la labor creativa de Cervantes. Su *Poética del Mío Cid* la dedicó a su esposa con las siguientes palabras: “Merecerías tú, como Ximena, el regalo de una Valencia, pero yo sólo te puedo ofrecer este ensayo sobre el Poema de nuestro Gran Desterrado”.

En su poesía se refleja principalmente la marca del exilio. La que había escrito en España, de perfección formal y rasgos modernistas, reflejaba una cierta alegría y esperanza que luego se pierde⁷⁷ para dar paso a una poesía

⁷⁵Doctor en Derecho en España y profesor de ramos humanistas. En Chile fue profesor de Literatura de la Universidad de Chile y en la Universidad Austral de Valdivia. Formó parte del grupo redactor de *España Libre* y publicó un sinnúmero de obras de crítica literaria. Murió en Chile en 1973.

⁷⁶Sus obras más importantes son *Poética del Mío Cid* (Santiago, Nuevo Extremo, 1948); *Esquema de poética* (Santiago, Ed. Universitaria, 1966); *Indagaciones épicas: la maravilla épica y su forma reveladora en la Iliada y en el poema del Cid* (Santiago, Ed. Universitaria, 1969). Entre sus artículos destacan: “Lo árabe en la novela española” en *Tres ensayos y una breve antología política*, N° 3, Santiago, 1943; “Releyendo a Berceo”, revista *Atenea*, N° 399, 1963; “Unamuno, novelista”, en Mario Ciudad *et al.*: *Unamuno* (Santiago, Universidad de Chile, 1964); “Semana Santa en Tobarra”, en *Revista Mapocho*, tomo 5, N° 1, 1966; “El cuento chileno y Luis Durand”, en *El cuento chileno* (Santiago, Nascimento, 1968); “Azorín, novelista”, en *Azorín* (Santiago, Universitaria, 1968); “Perfiles de Rubén Darío”, en *Rubén Darío* (Santiago, Universitaria, 1967); “‘Invernal’ de Rubén Darío”, en *Darío* (Santiago, Universitaria, 1968). Parte de su poesía fue publicada en “Antología de Eleazar Huerta”, en *Tres ensayos y una breve antología política*, N° 4, Santiago, 1943.

⁷⁷Véase Aurora de Albornoz: “Poesía de la España peregrina: crónica incompleta”, en *El exilio español de 1939*, tomo IV, p. 26.

sobre la soledad y el silencio. “Atravesé Los Andes / Los Andes se quedaron en mi pecho / soy un hombre callado / que ve lo que no veo / soy una ausencia de aguas y de aves / soy un fuego secreto / soy como un nuevo Lázaro / resucitado y muerto”⁷⁸.

Con este dolor latente, que nunca lo abandonaría, Huerta se incorporó de lleno a la vida académica chilena, produjo una gran cantidad de obras y contribuyó con lo que era más suyo al país que lo acogió.

5. *José Ricardo Morales*⁷⁹ es otro de los intelectuales del exilio español de 1939 que se incorpora activamente en la vida cultural nacional, mediante la cátedra universitaria y su obra como escritor y dramaturgo. Esta, sin embargo, se encuentra signada por su condición de exiliado o desterrado, de un modo mucho más pronunciado que la de los intelectuales anteriormente analizados.

Su obra dramática, recién iniciada antes del exilio y situada aún durante sus primeros años en Chile en el marco de la tradición teatral española (particularmente influida por el teatro de Valle Inclán y García Lorca)⁸⁰ experimentará posteriormente una evolución, tanto en su contenido como en su lenguaje. Esta se orientará, después de una interrupción de diez años (1953-1963), hacia problemáticas universal-contemporáneas y hacia una

⁷⁸“Atravesar Los Andes”, en *Antología poética...*, *op. cit.*

⁷⁹José Ricardo Morales (n. Málaga, 1915): dramaturgo e historiador del arte. Estudió filosofía y letras en la Universidad de Valencia. Llegado a Chile en 1939, obtuvo el título de profesor de Historia y Geografía en 1942. Colaborador de la Editorial Cruz del Sur, donde realizó el primer intento de reunir las voces de los poetas exiliados en *Poetas del destierro* (1943). Fundador del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, en el cual dirigió la primera obra estrenada. Su farsa *El embustero en su enredo* fue representada por la actriz Margarita Xirgu en varios países de América. Desde entonces, sus obras dramáticas -unas treinta- se estrenaron o se publicaron en España -once de ellas- y en la mayoría de los países de nuestro continente, inclusive en Estados Unidos y Canadá, habiendo sido traducidas a varios idiomas. Paradójicamente, en su patria de adopción, donde ha desempeñado diversas cátedras de arte y literatura en las Universidades de Chile y Católica, no fue representada ninguna de ellas hasta la década de 1970.

⁸⁰Entre las obras de este período se destacan la *Burilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante* (estrenada en Valencia, 1939), *El embustero en su enredo* (estrenada por la Compañía de Margarita Xirgu en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, 1944), *La vida imposible, El juego de la verdad* (1952); estas obras han sido reunidas en *José Ricardo Morales: Teatro inicial* (Santiago, Universidad de Chile, 1976). Aunque no se encuentran en ese volumen, hay que mencionar también a *Bárbara Fidele* (1944-1946), editada por Cruz del Sur, Santiago, 1952.

línea vanguardista, donde predominarán los temas del lenguaje y del poder en un mundo superdesarrollado, supertecnológico y superalineado⁸¹.

El estudioso del teatro español del exilio, Ricardo Domenech⁸², ha vinculado esa evolución de la obra dramática de Morales a su condición de exiliado.

Domenech sitúa a Morales en la generación de dramaturgos exiliados que, habiendo emprendido muy jóvenes el camino del destierro, debe aún desarrollar en esas nuevas circunstancias la primera etapa de su aprendizaje literario.

“Esa primera etapa, la más decisiva en la trayectoria de un escritor, pues en ella forja su lenguaje, coincide [...] con la nueva circunstancia del exilio y su inherente 'extrañeza'. [...] Resulta aleccionador observar cómo Morales convierte estas resistencias y limitaciones [el exilio y su inherente extrañeza] en logros muy rigurosos, al hacer, de esa perplejidad suya ante el lenguaje, tema central de su teatro; al transformar su 'extrañeza' de desterrado en la extrañeza radical que todos sentimos hoy ante nuestro mundo incierto”⁸³.

El propio Morales es muy consciente de esta influencia de su condición de exiliado sobre su lenguaje teatral del modo en que esa circunstancia afecta lo más esencial de su identidad como escritor:

“A distancia del país de origen, el habla que nos corresponde pierde su eficacia: los giros que oímos son otros, los dichos son otros, el acento es otro. Sucede que el escritor escribe para entenderse consigo mismo, pero, también, para hacerse entender. Escribir es, siempre, dirigirse a alguien desde 'uno'. Pero este 'uno' en el destierro ya no es tal, porque se encuentra escindido, dado que la vida del exilio adquiere, desde luego, un carácter distinto de la que nos fuera habitual”⁸⁴.

El predominio en su obra dramática de temas universales que trascienden las circunstancias nacionales y/o regionales, lo que, siguiendo a Domenech,

⁸¹Entre las obras de este segundo período se destacan las reunidas en *Teatro de 1 pieza* (Santiago, Universitaria, 1965); *Un marciano sin objeto y Cómo el poder de las noticias nos da noticias del poder* (Santiago, Universitaria, 1974); y *Fantasmagorías: cuatro apariciones escénicas* (Santiago, Universitaria, 1981).

⁸²Cfr. Ricardo Domenech: “Aproximación al Teatro del Exilio”, en *El exilio español de 1939*, ed. cit., tomo 4, pp. 183-246.

⁸³Ricardo Domenech, *ibid.*, p. 237.

⁸⁴Citado por Ricardo Domenech, *ibid.*, id.

expresaría la “sublimación” en su teatro de su condición concreta de exiliado en el problema universal de la “extrañeza” del hombre frente al mundo en que vive, dificulta el encontrar en aquélla una visión de lo americano o de lo chileno análoga a las existentes en los otros intelectuales exiliados.

Sin embargo, América y Chile aparecen, en algunos prefacios e introducciones a las ediciones de sus piezas teatrales y otros trabajos, siempre vinculados a una reflexión sobre su condición de exiliado.

Ya en su primer libro publicado en Chile, *Poetas en el destierro* (antología de poetas españoles exiliados)⁸⁵, encontramos una visión del nuevo continente como territorio hospitalario, pero ajeno:

“Mucha sangre y mucha vida corrieron por nuestra tierra, y por muchas terribles y malas muertes pasaron nuestras letras y quienes las creaban. Trágica ausencia de los enterrados [...] Dura suerte también -aquí, en este otro mundo, el nuevo mundo, el tercero y no en discordia, sino en humanísima concordia con nosotros- la de aquellos que están fuera de sí y de lo suyo, los exiliados, la de los que no tienen sobre qué caerse muertos [...] por falta de su razón de vida y muerte, que es la tierra, hecha viento durable en la palabra desterrados”⁸⁶.

No existe, en esta primera aproximación de Morales a América sino la mirada del exiliado, privado de sus razones, motivos y sentidos, en una tierra que no puede dejar de serle ajena. El exiliado puede vivir físicamente en América, pero sigue siendo de España, y sólo hacia ésta se orienta el sentido que puede darse a su quehacer cargado de nostalgia: “Como en otros siglos, en tiempo de amargos para la patria, a los desterrados corresponde levantar la voz con que nuestra malherida España, vueltas las tornas, se dirá a sí misma y a todos lo mucho que deba decirse”⁸⁷.

Más de treinta años después de esa primera reflexión sobre el exilio español en América, Morales volvió a plantear el problema en “Autobiograma”, texto introductorio a la edición de sus primeras obras dramáticas, realizada por la Universidad de Chile en 1976 con el título de *Teatro inicial*⁸⁸.

En este texto, si bien sigue siendo el exilio la situación existencial desde

⁸⁵José Ricardo Morales: *Poetas en el destierro*, Santiago, Cruz del Sur, 1943.

⁸⁶*Ibid.*, pp. 10 y 11.

⁸⁷*Ibid.*, p. 11.

⁸⁸*Cfr.* nota 56.

la cual Morales reflexiona sobre América, la visión del continente se ha enriquecido con la experiencia ya larga de incorporación creadora en él de los exiliados españoles. América no aparece ya como el territorio de lo ajeno, desde donde sólo tenía sentido seguir haciendo a España, sino como una patria entrañablemente propia.

Así pues, sigue afirmando su condición de español exiliado; víctima de una trágica coyuntura política:

“Llegué a Chile desterrado, la más remota ribera a la que pudo arrojarme la marejada de la guerra española, en la que defendí el derecho mayoritario de un país que aspiraba libremente a ser el que deseaba ser. No pudo ser. Los totalitarismos de diversas clases lo impidieron”⁸⁹.

Por otra parte, el exilio adquiere un nuevo significado, un sentido, mediante el trabajo cultural realizado en beneficio del continente que los ha acogido:

“A diferencia de tantos emigrantes arribados a estas costas con el propósito de 'hacer la América' -que hablando claro o en plata equivale a pretender llenarse de faltriqueras-, algunos, movidos por intereses muy distintos, sólo tratamos de contribuir a que América se hiciera. Por ello, nuestra gestión quedó acuñada en los versos que compuso con el humor adolorido aquel poeta: 'Es la vida de la emigración / y un gran trabajo cultural'. Nostalgia, pobreza y obra: no teníamos nada más”⁹⁰.

El trabajo cultural, que permitió a los intelectuales exiliados hacerse parte de América, pudo desarrollarse en Chile -nos dice Morales- de modo especialmente intenso, gracias a las excepcionales características de libertad de que este país gozaba en aquella época:

“[...] pese a las adversidades de una guerra, del campo de concentración y del destierro consiguientes, habíamos recobrado nuestra razón de ser y hacer en un país libre al que debíamos retribución y gratitud por su abierta esplendidez y su cordial acogimiento. Nuestra obra -la de todos los que hacíamos en el terreno que fuese- fue, por ello, una gran dedicatoria”⁹¹.

En su “Autobiograma”, Morales examina cómo mediante su trabajo cultural los exiliados españoles llegaron a hacer suya la nueva tierra:

⁸⁹José Ricardo Morales: “Autobiograma”, en *Teatro inicial*, ed. cit., p. 11.

⁹⁰*Ibid.*, p. 11.

⁹¹*Ibid.*, íd.

“Quizá la necesidad primordial del desterrado sea la de establecerse, fijándose, deteniéndose, por lograr echar raíces en la tierra que lo acoge. Y para fijarse o arraigar en este mundo había que comenzar fijándose en qué era, llevándole nuestra atención, y aportándole, a la par, aquello que con nosotros provenía. Tal vez por ello, muchas de nuestras acciones o actuaciones adquirieron esos días cierto sesgo fundador, puesto que fundar supone la manera más auténtica de profundizar en aquello que se quiera. Aun cuando, para muchos de nosotros, fundar significó, además, confundar, confundir dos tradiciones, la propia y la de estas tierras, vivificándolas, enriqueciéndolas mutuamente con activados estímulos, en el vaivén pendular que iba de un mundo al otro. De aquella facción fundadora dos empresas me aparecen claramente dibujadas, pues que en ambas intervine: la Editorial Cruz del Sur y el Teatro Experimental de la Universidad de Chile”⁹².

Basándose, pues, en su propia experiencia, Morales describe cómo la necesidad intrínseca de arraigarse, que coexiste en el exiliado con la nostalgia de la patria perdida, lleva a éste a “descubrir” el nuevo mundo. Y cómo ese “descubrimiento”, sumado a la tradición que los exiliados portaban, da lugar a un proceso fundacional y simbiótico entre lo español y lo americano.

Ese proceso de fundación y simbiosis es visualizado por Morales como un nuevo capítulo de la conquista de América, en la cual, a diferencia de lo sucedido en el siglo XVI, los españoles son los conquistados; la “tierra adoptiva” se hace “tierra adoptada”:

“Y por cuanto esta tierra nos permitió hacer, nos hizo, a la par, de ella, porque se es lo que se hace. Así, la tierra adoptiva fue nuestra tierra adoptada, pues una nación no es sólo el lugar de nacimiento, sino también, y con mucho, el lugar en donde, al hacer, 'nacemos'. 'No con quien naces, sino con quien paces', dice el antiguo saber, y si privamos al dicho de su orientación nutricia, propia de la inmediatez y el hambre hispánica, hemos de reconocer que en el mundo americano pudimos apacentar nuestros afanes y acrecentar nuestra labor, vedados en nuestro lugar de origen. Debido a ello sentimos, en cierto modo, algo así como si hubiéramos nacido dos veces, en la primera a la vida, en ultramar, sobre la continua faena, aquí, donde ahora me encuentro. Y sin renuncia de ninguna especie a nuestro origen -pues más nos

⁹²*Ibid.*, pp. 11-12.

duele cuanto más impide-, cabe afirmar que nuestras vidas representan un episodio nuevo de la conquista de América, porque al tendernos la mano en nuestras horas amargas, América nos conquistó”⁹³.

6. *La Editorial Cruz del Sur: una empresa cultural iberoamericana*. Como ya lo mencionáramos en la introducción a estas notas, el encuentro cultural de los intelectuales españoles exiliados con el nuevo continente no se expresó solamente en su obra escrita. Si bien fue mediante ésta que “el segundo descubrimiento de América” se hizo concepto en sus mentes y en las de quienes los leyeron, este proceso se proyectó entonces más allá, impregnando las prácticas culturales de muchos intelectuales y artistas españoles y americanos.

En Chile, entre otras cosas, dio lugar a una empresa editorial, Cruz del Sur, que aun cuando puede parecer de escasas dimensiones desde el punto de vista -hoy día tan en boga- de un análisis de *industria* editorial⁹⁴, merece un análisis más exhaustivo y profundo desde una perspectiva de historia cultural.

En el marco de estas notas, no nos proponemos realizar este análisis, que en algún momento debiera hacerse como una investigación en sí misma, sino describir el *proyecto* de Cruz del Sur y tratar de demostrar cómo se entronca con el proceso de encuentro cultural iberoamericano que constituye nuestro tema⁹⁵.

La editorial Cruz del Sur inició sus actividades en 1942, dirigida por el intelectual español Arturo Soria, quien había llegado a Chile en 1939, exiliado de su patria. En ella colaboraron en cordial entendimiento escritores chilenos como José Santos González Vera, Manuel Rojas, Mariano Latorre, Ricardo Latcham y Juvencio Valle, con intelectuales españoles como José Ferrater Mora y José Ricardo Morales. Especial importancia dentro de la editorial tuvieron los exiliados españoles Mauricio Amster -director artístico y diseñador- y Carmelo Soria -impresor-.

⁹³*Ibid.*, p. 13.

⁹⁴Véase Bernardo Subercaseaux: “La industria editorial y el libro en Chile: 1930-1970”, en *Opciones*, N° 4, Sept.-Dic., 1984, pp. 144 y 145.

⁹⁵En la búsqueda de fuentes documentales respecto a la Editorial Cruz del Sur contamos con la valiosa colaboración de las señoras María Marchant de González Vera y Concepción Puig de Soria.

La labor desarrollada por Cruz del Sur y su creador, Arturo Soria, era evaluada así por la más importante revista cultural chilena de la época -*Pro Arte*-, siete años después de su fundación:

“Su contribución ha sido magnífica, alejada de todo lucro, sin más propósito que auscultar lo mejor de nuestra producción, y darle expresión fina y depurada. Sus libros están impresos con todo gusto, aliando cierta concepción tipográfica moderna con formas clásicas castellanas. Ha demostrado, además, que es posible imprimir en Chile en la misma forma limpia y hermosa como se imprime en Suecia, México o Argentina. Sus libros no son gritones ni lujosos; no busca espasmos de sensacionalismo ni refinamientos excesivos. [...] Pudo halagar al grueso público, estimulando el gusto por la banalidad, la truculencia o el esnobismo, con lo cual, seguramente, su empresa editorial habría obtenido pingües ganancias. Ha preferido dar a conocer obras selectas, de alto rango literario. El público ha correspondido a sus intenciones, lo que revela también que nuestro país está maduro para acoger lo que tiene valor y substancia. [...]”⁹⁶.

Pero, ¿cuál había sido el proyecto editorial cuyo éxito (insistimos, viendo a Cruz del Sur desde la perspectiva de la historia cultural y no desde el punto de vista de su funcionamiento como “industria”) era tan entusiastamente celebrado?

En 1943, pocos meses después de su creación, Cruz del Sur se estructuraba en varias colecciones⁹⁷.

- I) Colección de Autores Chilenos, dirigida por Manuel Rojas; la cual había publicado y agotado 10 títulos durante 1942.
- II) Nueva Colección de Autores Chilenos, dirigida por José Santos González Vera; la cual había publicado cinco títulos y tenía otros tantos en preparación.
- III) Colección de Autores Bolivianos, dirigida por Mariano Latorre; en preparación.
- IV) Colección de Autores Peruanos, dirigida por Ricardo Latcham; en preparación.

⁹⁶“La contribución de Arturo Soria a nuestra cultura”, en *Pro Arte*, año 1, N° 40, 14 de abril, 1949, p. 4”.

⁹⁷Cfr. páginas finales de José Ricardo Morales: *Poetas en el destierro*, ed. cit.

- V) Colección Bío-Bío, con tres títulos publicados (poesía y ensayo) se concebía como abierta a “temas y autores chilenos de la más variada procedencia y de la más distinta orientación”, a “todo valor chileno auténtico” para procurar “difundirlo en *el mundo de nuestro idioma*”.
- VI) Colección El Dorado, en preparación, destinada al estudio de “diversos productos de la tierra” en su realidad y fábula. Se fundamenta esta colección en que “*el mundo iberoamericano es, en buena parte, un mundo donde sobre la máquina predomina la tierra*”.

Las distintas colecciones de autores americanos que publica Cruz del Sur conforman la Biblioteca Nuevo Mundo. “En dicha biblioteca ocuparán el destacado lugar que merecen aquellos escritores de *nuestro continente*, cuya influencia en el *orbe castellano*, pese a la indudable calidad de las obras, es mínima o nula por la escasez de ediciones anteriores. Esta rigurosa selección de autores y textos pretende ser un exacto reflejo de las letras de América en la actualidad y en su historia”.

Por otra parte, Cruz del Sur incluía otras colecciones dedicadas a temas y autores españoles:

- VII) Colección La Fuente Escondida, un título publicado y nueve en prensa, dirigida por José Ricardo Morales, dedicada a reunir la obra de varios líricos olvidados de los *siglos de oro españoles*.
- VIII) Colección Divina Palabra, en preparación, también dirigida por José Ricardo Morales, aspira a entregar una visión de conjunto de la obra de los místicos y ascetas españoles de los siglos XVI y XVII, quienes, “al convertir en habla lo que fuera experiencia religiosa inefable, hicieron del *castellano* una *lengua adulta, similar en expresividad y blandura a las antiguas clásicas*”.
- IX) Colección Raíz y Estrella, con dos títulos publicados y uno en preparación, apunta tanto a difundir obras “en las que se destaque junto al deseo de *renovación de España*, la no menos imperiosa exigencia de *conservar y hacer revivir todo lo digno de su historia*”.
- X) Colección Razón de Vida, en preparación, dirigida por José Ferrater Mora y destinada a presentar la *filosofía del “mundo hispano”*, ésa que ha aspirado a unir pensamiento y vida para acceder a una vida razonable.

Dos distintas colecciones completaban -en 1943- el proyecto editorial de Cruz del Sur.

- XI) Colección Itinerarios, dirigida por Ramón de la Serna, destinada al género de crónicas de viajes: “No serán itinerarios fijos. Irán a todas partes y a ninguna. Conocerán todos los vientos de la rosa”.
- XII) Colección Tierra Firme, dirigida por José Ferrater Mora, la cual tiene en preparación obras de Guizot, Jovellanos, Humboldt, Spinoza, J. Stuart Mill, Burckhardt, entre otros; su finalidad es “destacar del pensamiento universal de todas las épocas aquellas obras en las que se defienden esas cosas frágiles que están constantemente zozobrando y que en nuestros días bracean desesperadamente para no hundirse: el respeto a la verdad, la tolerancia humana, la libertad de la persona”.

Desconocemos si este proyecto editorial se pudo llevar a cabo en su totalidad, en cada una de sus doce colecciones; pero se cumplió en gran medida. Más aún, de acuerdo a lo afirmado en la presentación de la editorial al publicar su primer libro⁹⁸, Cruz del Sur fue descubriendo en el camino nuevas posibilidades. No podemos, en el marco de estas notas, comentarlas extensamente. Sólo mencionaremos su Archivo de la Palabra o Jardines Abiertos de la Poesía Castellana, colecciones de versos recitados por los mejores poetas de nuestra lengua (poesía española y americana, clásica y contemporánea)⁹⁹. Y el inicio, en 1949, de la primera de las diez series de diez títulos, cada una con una edición de 2.000 ejemplares destinadas a componer la Biblioteca Chilena, la cual será “un inventario de valores nacionales de los últimos cien años, en los aspectos literario, histórico, científico, económico, etc.”¹⁰⁰.

No sabemos con exactitud, pues sería materia de una investigación más exhaustiva sobre Cruz del Sur, cuál fue el impacto sociocultural de este proyecto editorial en la intelectualidad chilena e iberoamericana. Aunque

⁹⁸Fotocopia facilitada por la señora Concepción Puig de Soria.

⁹⁹“Cruz del Sur: Jardines abiertos de la poesía castellana”, en *Pro Arte*, año 1, N° 48, 9 junio, 1949, p. 5 (propaganda comercial).

¹⁰⁰“Cruz del Sur: Biblioteca chilena”, en *Pro Arte*, año 1, N° 48, 9 junio, 1949, p. 6 (propaganda comercial).

nos parece que no pudo haber dejado de ser importante, en estas notas sólo lo analizamos como un proyecto cultural en el cual se encarnan las ideas más esenciales expresadas por los intelectuales españoles exiliados: el mutuo descubrimiento y la mutua conquista cultural entre peninsulares y americanos para fundar una Iberoamérica que, siendo fiel a sus raíces, esté abierta al futuro y a la universalidad.

III. LA VISION DE AMERICA EN LA PRENSA INMIGRADA Y EXILIADA

Hacia 1930 había en Chile 23.439 inmigrados españoles representando el 22% de los extranjeros residentes en el país. Ellos constituían un grupo heterogéneo, socioeconómica y culturalmente, de manera que en forma casi inmediata asumieron diversas posiciones entre la República y la Monarquía y más tarde entre los “leales” y los “nacionales” sublevados.

La reacción no era sorprendente, pues si existe una similitud entre la inmigración y el exilio, ésta radica en la añoranza que produce la patria lejana, la historia que se dejó, pero que sigue siempre presente y que de una manera u otra se quiere y se intenta vivir.

Para unos la República significaba un futuro de esperanza, un proceso de democratización, la nueva España aparecía llena de posibilidades, de expectativas. Para otros, en cambio, el nuevo sistema era sinónimo de desintegración moral, de crisis y de anarquía, representando el final de un glorioso pasado.

Así, desde posiciones encontradas, los inmigrados españoles buscaban los medios para expresarse y, a pesar de la distancia, cooperaron en pro de sus respectivas aspiraciones.

El sector más conservador estaba compuesto por destacados comerciantes, prósperos industriales y algunos sacerdotes. Ellos se organizaron con el fin de formar un fondo de ayuda económica con aportes mensuales de acuerdo con las posibilidades de cada uno, el cual remitían a España. A la vez controlaron los centros recreativos, mutualistas, religiosos y económicos de la colonia y desde ellos trataron de boicotear las acciones de los grupos republicanos y de utilizar sus vinculaciones para influir y sensibilizar a las autoridades en favor de sus posiciones y en contra de la República. Actuaron no sólo en Santiago sino también en algunas ciudades de provincias como

Antofagasta, Coquimbo, Valparaíso, Valdivia y otras.

En una primera etapa realizaron una profusa campaña a través de folletos y circulares. Pero luego publicaron algunas revistas como, *Acción Hispánica*, que estuvo dirigida por Arturo Zapatero¹⁰¹, y *Alma Española*, que dirigió Joaquín Pesquero.

Cuando se produjo el alzamiento en 1936 en ambas revistas se apoyó y justificó la intervención de Franco y se desprestigió la causa republicana.

En relación a América, tanto *Acción Hispánica* como *Alma Española* sustentaron posiciones tradicionalistas y conservadoras basadas en el pensamiento de Zacarías de Vizcarra, Ramiro de Maeztu y el cardenal Goma, en torno a los cuales se estructuró el pensamiento hispanista, que ejerció una considerable influencia en algunos sectores de la derecha chilena, como lo señalamos anteriormente.

Por su parte, los inmigrados españoles partidarios de la República fueron básicamente medianos y pequeños comerciantes, artesanos y obreros especializados, etc., que habían salido de España en busca de mejores posibilidades. Estos no lograron constituir una organización única y por lo tanto su influencia en el interior de la colonia fue pequeña.

Además, las divergencias ideológicas y políticas internas que se produjeron en la Península entre los grupos que apoyaban a la República y luego al Frente Popular español también se manifestaron en los inmigrados, lo que contribuyó a debilitar su acción en Chile. Sin embargo, este grupo de inmigrantes, a pesar de estar dividido y de ser algo anárquico, desempeñó con el tiempo un papel importante como difusor de la causa republicana y también influyó en el desarrollo de una idea de América diferente a la que se había difundido hasta 1931 a través de los canales oficiales del gobierno monárquico.

En folletos y periódicos, ellos dieron a conocer las contingencias de la guerra, expresaron su pensamiento respecto a la República española y a España misma y también dieron a conocer una idea respecto a América y los gobiernos latinoamericanos.

Estos grupos representaban el pensamiento del trabajador inmigrado, del hombre español que conocía una América diferente a la de los salones y las

¹⁰¹ Dueño de la Imprenta y Litografía Wagner, presidente del Círculo de Acción Española y de Falange Española.

tertulias sociales y que, a través de este contacto, fue estructurando una idea más descarnada del continente que lo acogía.

Su pensamiento reviste una doble importancia, ya que por una parte contribuyó a revelar una realidad poco conocida y por otra ayudó también a estimular una actitud receptiva hacia los nuevos exiliados que llegaron a Chile a raíz de la guerra civil, fundamentada en su labor de difusión y defensa de los valores republicanos que sensibilizó favorablemente a muchos chilenos frente al exilio. En ese sentido el duro camino del exiliado español que cargaba sobre sí no sólo el dolor de la derrota militar, sino también de sus ideales, que llegaba sin mayores esperanzas, con un sentido del tiempo que le dificultaba el logro de una estabilidad, se vio en cierta medida aliviado y tuvo el respaldo de un camino abierto por estos inmigrados que habían llegado a Chile antes que él.

En consecuencia, no llegaron a tierra absolutamente extraña y encontraron en otros una idea de España común y el respeto, la comprensión y el compromiso de muchos por los mismos ideales compartidos.

No obstante, esta actitud no fue general entre los inmigrados, y el sector franquista, al ver fracasados sus intentos para impedir que los exiliados llegasen a Chile, les cerró las puertas de las instituciones oficiales de “la colonia”. De manera que tanto en Chile como en el resto de América surgieron también las dos Españas.

1. Luna: expresión de preexilio

La publicación periódica del exilio español más interesante es, sin duda, *Luna*. Fue una revista fundamentalmente literaria que se publicó en la Embajada de Chile en Madrid por los asilados en ella. Se hacía un ejemplar único, escrito a máquina en papel de barba, con amplios márgenes, bellamente diagramado, con cubiertas a todo color e ilustraciones iguales. Se editaron 30 números que circularon desde “la noche del 26 al 27 de noviembre de 1939” hasta la del 16 y 17 de junio de 1940.

El grupo redactor estaba integrado por Pablo de la Fuente, Antonio de Lezama, Antonio Aparicio, Aurelio y Julio Romeo, José Campos, Santiago Ontoñon y Edmundo Barbero. Se autodenominaron inicialmente como “República de las Letras”, para luego, conforme a sus hábitos, rebautizarse como “Noctambulandia”.

Luna tiene un significado muy especial pues representa la fuerza moral de un grupo de intelectuales que en una situación extremadamente dolorosa tuvo la voluntad para crear y mantener su espíritu durante el año y medio que duró su encierro en la Embajada.

La revista revela la condición del asilado que vive los momentos en que se encuentra indefenso, en una situación de derrota, inestabilidad e inseguridad frente al futuro. No obstante, este grupo intentó con fervorosa voluntad trascender el enclaustramiento y se dedicó en forma disciplinada y responsable a crear, a “delinear literarias labores del futuro próximo (Pablo de la Fuente, Antonio de Lezama, Aurelio Romeo), la propia cosecha lírica (Antonio Aparicio), la dedicación crítica al teatro -obras, autores, actores- de Edmundo Barbero y las portadas e ilustraciones (acuarelas o dibujos) realizadas por Antonio Ontoñon”¹⁰².

Estrictamente hablando *Luna* y sus gestores no eran exiliados, ya que más bien se encontraban en una situación intermedia en la cual estaban aislados físicamente y bilocados espiritualmente. Por una parte el alma guardaba los sentimientos que quedaban en la España que rodeaba los muros del refugio pasajero; y que expresaba Julio Romeo cuando escribía: “En las circunstancias actuales nosotros tenemos algo de ex hombres. No en lo tocante a las exigencias materiales, de éstas no carecemos en absoluto. Pero sí en lo que roza al espíritu. Es más, carecemos de lo único que ellos gozan sin limitaciones con el deleite de los vinos añejos: la libertad [...]. Vivimos al calor de los recuerdos del pasado. Ellos son el cotidiano y más sustancioso alimento espiritual [...] cualquier frase actual es inmediatamente trasplantada al pretérito. Salen a relucir enseguida los: yo tenía..., cuando estábamos..., ¿recuerdas aquella noche?... o voy a contar..., etc. Una palabra lanzada al azar resucita todo el sabor de otras que acariciaron nuestros oídos algún día [...]”¹⁰³.

Por otra parte, la mente, llena de ansiedad trataba de proyectar un futuro que ninguno de ellos podía determinar o predecir cuándo comenzaría. “Dime, Martín Fierro, si lo sabes -preguntaba Aurelio Romeo- ¿cuándo

¹⁰²Véase Manuel Andújar y Antonio Risco: “Crónica de la Migración en las Revistas”, en *El exilio español de 1939, op. cit.*, tomo III, pp. 87-91.

¹⁰³Julio Romeo: “El almendro de los recuerdos”, *Luna*, N° 12, noche del 11 al 12 de febrero de 1940.

¹⁰⁴Aurelio Romeo: “¿Cuándo llegará mañana?”, *Luna*, N° 15, noche del 3 al 4 de marzo de 1940.

llegará mañana? Quiero emprender ese viaje cuyo final me es desconocido”¹⁰⁴.

Luna tiene una gran riqueza y un valor único pues es la expresión vibrante y vital de los sentimientos y ansiedades que han vivido millares de preexiliados. Sus realizadores permiten construir el puente que representó la etapa del asilo, sustentado sobre la derrota antes de emprender el exilio. Sus temores -los muestran sin vergüenza ya que tienen clara conciencia del por qué de su situación: “Ninguno de nosotros duda hoy en marchar al destierro. ¿Cuántos estamos en condiciones actualmente de soportarlo serenamente? ¿Cuántos nos alejamos de nuestra patria impulsados por otros sentimientos que no sean el temor físico al castigo que por nuestras ideas pudiera aplicarnos la confiscación dominante?”¹⁰⁵.

El destierro era visto con dolor, ya que temían constituirse en apátridas, aunque frente a esta posibilidad expresaban desgarrados que “[...] Para hacerme un apátrida / tendrás que quitarme mi apellido, / borrar la villa vasca, / donde nací / y con una tenaza / arrancarme la lengua, / la lengua castellana / que sin temor y a gritos / traidores los proclama. / Aunque a balazos / en la tierra me hundáis, / aún mis cenizas / en el aire aventadas aunque, hasta el fondo / del mar mi cuerpo vaya / será inútil porfía: / nunca seré yo apátrida / que tierra mar y aire, siempre, / siempre serás, para mí, España”¹⁰⁶.

Si bien tenían claro que su futuro estaba en América, ésta aparecía como una respuesta al sometimiento que el franquismo trataba de imponerles, y más bien ellos se proyectaban a través de un espacio sin fronteras ni límites, donde la dimensión del territorio les otorgaría la libertad. “Sin patria me querrías dejar, / cuando ahora las fronteras son más anchas, / mares libres, y bosques; / cadenas de montañas, / islas por descubrir, / tierras inexploradas, / la América infinita, / libre y de su destino soberana, / se ofrece ante mí, / ¡ya veis malvados, si me sobra patria!”¹⁰⁷.

Sin embargo, ese mundo estaba cargado de profundos temores, ya que el significado del destierro era desconocido e incierto: “No conozco el destierro

¹⁰⁵Aurelio Romeo: “Un año de experiencia”, *Luna*, N° 16, noche del 10 al 11 de mayo de 1940.

¹⁰⁶Antonio de Lezama: “Nunca seré apátrida”, *Luna*, N° 10, noche del 28 al 29 de enero de 1940.

¹⁰⁷*Ibid.*

ni he sufrido directamente la dureza de su trato. Imagino que será áspero e ingrato y es por eso por lo que deseo llegar a tierras extranjeras con ánimo dispuesto y forjado en todas las fraguas, templado en todos los ríos, considerarme tan fuerte que pueda despreciar un perdón que me arrojaran como un hueso”¹⁰⁸.

La revista *Luna*, en ejemplar único, es un testimonio lleno de emoción, de fortaleza y de dolor, que representa una fuente irremplazable para un completo conocimiento del exilio español.

2. La prensa transterrada

La creación de revistas y periódicos fue una forma a través de la cual los inmigrados dieron a conocer, desde sus posiciones, la situación que se vivía en España.

Como ya señalamos, los grupos conservadores usaron su poder económico, sus relaciones sociales y fundaron revistas.

Por su parte, los partidarios de la República, además de promover campañas de solidaridad, fundaron una serie de periódicos que, aunque tuvieron una vida y difusión irregular, fueron expresivos medios a través de los cuales plantearon sus inquietudes tanto los inmigrados como los exiliados.

Los más importantes, ordenados en forma cronológica, fueron los siguientes:

España Contemporánea: fue un periódico semanal que se editó en Santiago entre el 23 de enero de 1932 y el 23 de febrero de ese mismo año.

A pesar de que sólo alcanzaron a distribuirse cinco números, este periódico marcó en cierta medida la línea que tendrían sus sucesores. En él se publicaron una serie de crónicas locales que describían la vida en diferentes regiones de la Península, lo que reflejaba la añoranza que se tenía por las tierras dejadas. Incluía también una sección, “Noticiero Español”, que informaba sobre los sucesos de España, complementados con los comentarios que aparecían en la sección “Colaboraciones Espontáneas”. Estas no siempre estuvieron referidas a la situación coyuntural de la Península, sino

¹⁰⁸Aurelio Romeo: “Un año de experiencia”, *Luna*, N° 16, noche del 10 al 11 de marzo de 1940.

que también expresaron opiniones respecto a América. En éstas se hacía especial mención al “falso hispanoamericanismo”, y a la “faz cadavérica de sus tambaleantes cimientos” que expresaban las concepciones que sobre América habían divulgado la monarquía y el hispanismo.

Entre los articulistas y colaboradores se destacaron César Falcón, Emilio Castelar, Pedro Mota, Francos Rodríguez y otros.

España Republicana: periódico publicado en el Comité Pro Cruz Roja Española. Era una edición de sólo cuatro páginas y se editó únicamente un número, correspondiente a la primera semana de septiembre de 1936.

La información que contenía se refería fundamentalmente a la guerra civil. Su objetivo era difundir “la verdad” sobre lo que estaba ocurriendo y “juntar dinero, vestimenta y alimentos para ir en ayuda de los soldados, mujeres, niños y ancianos” que sufrían las tragedias de la guerra.

España Nueva: fue otro periódico semanal publicado en Santiago entre el 1 de noviembre de 1936 y el 25 de mayo de 1939. Constituía el Órgano de Prensa del Directorio de Instituciones Republicanas Españolas, integrado por el Ateneo Pablo Iglesias, Centro Republicano Español, Izquierda Republicana, Juventud Catalana, Agrupación Obrera Española, Unión Republicana y Juventud Vasca.

En él se incluían crónicas relativas a España, artículos de poesía, biografías de dirigentes republicanos, como Manuel Azaña, Cayetano Redondo, el general Miaja y otros, y una serie de denuncias sobre las “atrocidades” cometidas por el fascismo español.

Respecto a su idea sobre América aparecen varias referencias en los primeros números, pero paulatinamente esa atención fue reemplazada por la guerra civil.

Este periódico presentaba una curiosa mezcla entre la ironía, el optimismo y profundas disquisiciones sobre el ser humano.

Colaboraron en él y se reprodujeron artículos de Rodrigo Soriano, Alberto Ghirardo, M. Albandoz Serantes, Ricardo A. Latcham, José Venegas (corresponsal en “el frente”), María Zambrano, Juan García Morales (presbítero), Ezequiel Endériz (Crónica internacional), Conrado Alen, Gabriel Alomar, Antonio Hoyos y Vincent, Miguel Gómez Herrera, Angel Ossorio y Gallardo, Luis de Tapia (poeta español), A. Torres Rioseco, José Carril, A. Ternel, Ricardo Tudela, Diego Martínez Barrios, César Vallejo, Luz Sanz, Basilio Alvarez, Rivera Gil (caricaturista), Bluff (caricaturista).

España: fue el órgano de la Juventud de la Unión Republicana Española

de la ciudad de Punta Arenas. Fundado el 1 de diciembre de 1937, se terminó de publicar el 28 de octubre de 1939, con el número 32.

Su objetivo fue, como en los casos anteriores, defender la “España Constitucional y Democrática” y dar a conocer los verdaderos acontecimientos de la Península. Básicamente los artículos eran comentarios sobre los sucesos de España y una muy pequeña porción se refería a América y Chile o a la forma en que los puntarenenses podían colaborar con las fuerzas leales.

El periódico realizó campañas de recolección y ayuda que fueron posteriormente enviadas a Argentina, desde donde partían a España.

Entre los colaboradores de este periódico estuvieron Alberto Ghiraldo (poeta argentino), Félix López, quien era corresponsal de guerra del diario *La Hora* de Santiago; Raúl Mármol, Jacinto Benavente, Angel Ossorio y Gallardo, Rodrigo Soriano, Julio Barrenechea, Gómez Paratcha (abogado español), Ernesto Montenegro, Eleazar Huerta, Francisco Padín R.

República Popular: Portavoz de los emigrados españoles en Chile. Fue un periódico comunista que comenzó a editarse en Santiago el 6 de octubre de 1940, y se publicó hasta el 7 de septiembre de 1941, editándose 22 números.

A diferencia de los anteriores utilizó un lenguaje militante y agresivo, no sólo contra los partidarios de Franco, sino también contra algunos partidarios de la República. Su consigna era “romper el ocultamiento consciente de lo ocurrido en España [...] y poner en descubierto a muchos de los personajes que traicionaron la justa causa del pueblo [...]”. De acuerdo con esta concepción, se acusó a Rodrigo Soriano, ex embajador de España en Chile de mantener una política que “ha consistido en el silencio, en olvidar el pasado, en el borrón y cuenta nueva”. Ataques similares sufrió Angel Ossorio y Gallardo, quien fue sindicado como “un oyente del imperialismo inglés”, por atacar a la Unión Soviética¹⁰⁹.

La posición ideológica de este periódico lo llevó a usar todos los medios y argumentos posibles para justificar al Partido Comunista de España, apoyando como correcta su estrategia y de esta manera responsabilizando a otros por la derrota.

Colaboraron en él Vicente Uribe, Manuel Delicado, Miguel González, Antonio Aparicio, Antonio Mij (desde México).

España Libre: fue un periódico quincenal, que se publicó en Santiago,

¹⁰⁹ *República Popular*, 22 de octubre de 1940.

entre febrero de 1942 y agosto de 1943. Tuvo 36 números y a partir del N° 27 se publicó semanalmente.

España Libre contenía crónicas internacionales, poesías, artículos sobre arte -destacándose en ellos los de Antonio R. Romera-, y la crítica literaria a cargo de Vicente Mengod y Julio C. Salcedo. Sus últimos números incluyeron también suplementos dedicados al arte y a la literatura.

No obstante en sus páginas no estuvieron ausentes las denuncias contra los abusos cometidos por el régimen franquista y la “quinta columna”.

Sus colaboradores fueron importantes personalidades intelectuales, tales como Rodrigo Soriano, Angel Ossorio y Gallardo, Luis Pérez Infante, Eleazar Huerta (crítica literaria), Valentín de Pedro, Emilio Mira y López, Manuel López Rey, Vicente Salas Viu, Antonio R. Romera, Augusto Barcia, Antonio de Lezama, Vicente Mengod, José Ferrater Mora, Felipe Pretel, Manuel Delicado, José Gómez de la Serna, Armando de María y Campos, Luis Vargas Rosas, Guillermo Díaz Doin, Luis Jiménez de Asúa, Julio Barrenechea, Antonio Aparicio, Ignacio Mantcón, Alvaro de Albornoz, Juan de Lara, José Moreno Villa, Luis Alberto Sánchez, Isidro Cobin.

Germanor: fue el periódico de los emigrados catalanes, que se publicó en Chile desde el 1 de septiembre de 1912 hasta el 30 de diciembre de 1951¹¹⁰.

Este, a diferencia de los otros periódicos, era manifiestamente una publicación con un carácter regionalista, y aunque una parte importante de sus artículos se refirieron a la situación política internacional, los restantes fueron escritos la mayoría en la Península y hacían un llamado a apoyar la causa catalana representada en la Generalitat.

La intencionalidad de la publicación era mantener un vínculo estrecho entre Cataluña y los emigrados catalanes en Chile.

En los años anteriores a la República el periódico se caracterizó por su sentimiento de agradecimiento hacia los americanos, y por su hospitalidad y por una permanente valoración del catalán que había emigrado. Esto respondía a un intento de destruir la leyenda de que el catalán que venía a América era ignorante y majadero.

¹¹⁰Desafortunadamente la colección está incompleta y faltan los años 1919, 1920, 1921, 1923, 1924 y 1925; 1934, 1940, 1941, 1942, 1943 y 1944. Carecemos de antecedentes para poder determinar si éstos se extraviaron o si durante esos años no se publicó. Considerando la primera secuencia cronológica (1919-1925) nos inclinamos por la segunda posibilidad; sin embargo, respecto a los años 1940-1944 hay antecedentes que nos permiten pensar que se han extraviado.

Ambas posiciones se enmarcaban en un cuadro lleno de nostalgias respecto a la tierra abandonada.

El período que comienza con la República y luego con la guerra civil adquiere otro tono, que se irá definiendo a medida que el periódico va siendo controlado por los exiliados que llegaban al país. En esta etapa se nota una gran preocupación política y una fuerte crítica hacia la Generalitat, a la que se acusa de desvincularse de los emigrados americanos, lo que se veía como expresión del desprecio que se tenía hacia éstos¹¹¹.

Posteriormente asumirá una posición de defensa del exilio frente a los sectores conservadores chilenos y a algunos inmigrados españoles que rechazaban la llegada de exiliados, especialmente de los intelectuales, considerados un peligro para la paz social.

Luego de la derrota inició también una gran campaña en defensa del exilio como respuesta a los grupos conservadores que se oponían. Ellos veían en el exilio una forma de salvar el espíritu cultural catalán. De este modo la emigración forzosa y el destierro asumían una perspectiva diferente en América.

3. La visión de América en la prensa transterrada

El análisis del exilio español a través de la prensa presenta la dificultad de su irregular publicación y del bajo número de periódicos que se fundaron. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones, la fuerte identidad que surgió entre importantes sectores de inmigrados y el pensamiento del exilio hacen posible señalar algunas de las líneas fundamentales del pensamiento español en Chile.

Triunfante la República emergió en este país la voz de un sector de inmigrados españoles que por años se habían mantenido en silencio, en una aparente indiferencia. La prensa que fundaron fue expresión de aquellos que se sintieron identificados con una nueva España, liberada de un sometimiento de siglos por parte de una monarquía que había destruido los nexos que los primitivos conquistadores, evangelizadores y verdaderos colonizadores

¹¹¹ *Germanor*, N° 404, pp. 1 y 2.

habían establecido en el continente americano. Para ellos la monarquía había sido representante de los grupos más retrógrados y más arcaicos de la sociedad española. Ella había establecido “un falso hispanoamericanismo forjado a espaldas de la realidad”¹¹², lejos de acercar a España y América, las había distanciado¹¹³; [...] el imperio de “indias” hecho realidad por el pueblo español había sido destruido, sojuzgado, perdido por los representantes del rey -el aristócrata inútil, soberbio y rapaz- y por la espada profesional de la corona”¹¹⁴.

Esta España tiránica había impedido el desarrollo del sentimiento hispanista, es decir “ése que permitía el entendimiento, la fusión y la solidaridad entre los pueblos”¹¹⁵. Por eso la República y específicamente sus partidarios en América tenían ante sí un serio desafío: lograr “un conocimiento verdadero de esa España que nace, o que renace, mejor dicho, y que no tiene ni puede tener ningún punto de contacto con aquella otra que concluye, ahogada por sus propios errores, infamias, incapacidades, y que es la que no cuenta en los pueblos de hispanoamericanos, aunque se tenga defensores y eco en las reducidas oligarquías terratenientes y en las burguesías adineradas y tercas de este continente”¹¹⁶.

La renuncia del Rey había abierto la posibilidad de encarar el desafío. Sin embargo, en América existía un tipo de español cuya “actitud y conducta era perfectamente contraria al espíritu de esta hora”¹¹⁷. Eran los representantes de la “oligarquía peninsular” que utilizaban su influencia para luchar contra la nueva España y que producían un gran daño que se expresaba -a juicio del articulista- en que “en los pueblos de América donde hay menos colonia española, es precisamente en donde mejor se quiere a España y en donde se la entiende de otra manera, es decir de la manera buena [...]”¹¹⁸.

¹¹²“El falso hispanoamericanismo en quiebra”, *España Contemporánea*, Nº 2, 30 de enero de 1932.

¹¹³*Ibid.*

¹¹⁴Artículo de M. Albornoz Serantes: *España Nueva*, Nº 3, 5 de diciembre de 1936.

¹¹⁵Artículo de adhesión al embajador de España en Chile, Rodrigo Soriano, *España Nueva*, Nº 15, 27 de febrero de 1937.

¹¹⁶Editorial, *España Nueva*, Nº 1, 21 de noviembre de 1936.

¹¹⁷M. Albandoz Serantes: “Los dirigentes apolíticos y sus instituciones”, en *España Nueva*, Nº 1, 21 de noviembre de 1936.

¹¹⁸*Ibid.*

En cambio, los inmigrantes republicanos se sentían representantes de una España que confluía desde el descubrimiento con los intereses americanos. Ellos no representaban al “aristócrata rapaz ni a la espada profesional”, sino al pueblo colonizador. Se identificaban con “el espíritu de Bolívar, San Martín, O’Higgins, Miranda [...] con el espíritu de ese pueblo americano que había combatido contra la monarquía tiránica y a favor del pueblo español”¹¹⁹. En ese sentido eran los actores de una cruzada restauradora del sentimiento del pueblo español y ejercían, en su calidad de inmigrados, la intermediación ante el pueblo latinoamericano. Esta percepción queda bien expresada en las palabras de M. Albandoz Serantes cuando afirmaba: “España, por la República y por el pueblo de la República; reconquista espiritualmente a América”¹²⁰, palabras que fueron compartidas por Julio Alemparte, Miguel Gómez Herrera, Alberto Ghiraldo y otros.

Paulatinamente, a medida que la situación en la Península se fue radicalizando, la alegría y la esperanza que el inmigrado había sentido comenzó a disiparse y cedió paso a una frustración. Esta queda de manifiesto cuando se relata la historia de Francisco Dorado, “que llegó un día a Chile, como todos los españoles y comenzó a luchar, esa lucha tenaz y torva del inmigrante. El 15 de abril de 1936 toma el barco y llega a su pueblo en la Coruña [...] Francisco Dorado es un español que fue a visitar su tierra con el corazón lleno de alegría y que ha vuelto lleno de dolor y de amargura”¹²¹.

Esta realidad influyó en su posición hacia América, ya que el desafío restaurador fue transformándose en una necesidad de compartir y apoyar la causa republicana.

De este modo la defensa de la República tenía para los inmigrados un significado que trascendía el marco peninsular: su lucha era por una parte la defensa de la democracia universal: “[...] El triunfo de la República española hará dar un salto incalculable de progreso a la humanidad. [...] En el interés de la democracia mundial está defender la causa del gobierno español y

¹¹⁹Rodolfo Borzutky, F.: “Un español que viene de España”, en *España Nueva*, N° 8, 9 de enero de 1937.

¹²⁰M. Albandoz Serantes: sin título, *España Nueva*, N° 109, 17 de diciembre de 1938.

¹²¹Rodolfo Borzutky, F.: “Un español...”.

¹²²César Vallejo: “La nueva España”, en *España Nueva*, N° 23, 24 de abril de 1937.

combatir a su lado hasta barrer para siempre del suelo de España, y de todos los países, el germen del fascismo”¹²².

Por eso era un deber de todos los demócratas apoyar la causa republicana. Europa y América debían unirse en su defensa pues “España somos cada uno de nosotros en cuanto no podemos existir sin libertad y justicia”¹²³.

Manteniendo la idea de la continuidad histórica que va de España a América, el compromiso de esta última era aún más urgente pues “el fascismo también se apronta a actuar aquí, y la guerra y Franco son una advertencia del peligro fascista para América”¹²⁴.

Sin embargo, la unidad preconizada por la prensa transterrada se vio debilitada por dos causas. La primera fue la división -que ya mencionamos- producida entre los sectores españoles partidarios de la República y los grupos profranquistas y también las diferencias surgidas entre los primeros, especialmente por la actitud asumida por los comunistas. Eleazar Huerta señalaba: “El problema fundamental que tenemos los republicanos españoles, dejando aparte el artificial de los formalismos, se halla en que debemos mirar simultáneamente hacia el pasado y hacia el porvenir [...]”¹²⁵. Esta situación provocó en Chile un problema grave que se expresó en la carencia de liderazgo, a diferencia del caso de México y otros países, lo que influyó en la desorientación de los refugiados, en su disgregación en la subsistencia de rivalidades que hicieron aún más difícil el destierro.

Otra dificultad se debió a la actitud de indiferencia que asumieron algunos gobiernos latinoamericanos: “Desgraciadamente los gobiernos de este continente -decía Plinio Cola- son en su mayoría opuestos a las voluntades de los pueblos”¹²⁶. A juicio de los republicanos esto se manifestaba entre otras cosas en la aplicación del derecho de asilo que fue “favorable a los facciosos y desfavorable para los antifascistas”¹²⁷. Y en los problemas que se

¹²³Ricardo Tudela: “América retaguardia de España”, en *España Nueva*, N° 21, 10 de abril de 1937.

¹²⁴“Los pueblos de América pueden defenderse”, en *República Popular*, N° 6, diciembre 1940.

¹²⁵Eleazar Huerta: “Una opinión más sobre los españoles libres de Chile”, en *España Libre*, N° 10, primera quincena julio 1942.

¹²⁶Plinio Cola, P.: “América y el conflicto español”, en *España Nueva*, N° 29, 5 de junio de 1937.

¹²⁷Daniel Greve: “Cómo se respetan las obligaciones del derecho de asilo”, en *España Nueva*, N° 29, 5 de junio de 1937.

puso a los exiliados, por parte de las autoridades, en especial a los intelectuales, “rechazados por todas las repúblicas americanas, [...] considerándolos como un lastre inútil para el progreso material [...]”¹²⁸. A los sectores conservadores chilenos se les atribuyó haber asumido posiciones radicales y de obstáculos a los exiliados a través de la prensa invocando “el pueril temor de que éstos fueran comunistas terroristas y sin discriminación tratan de criminales, asesinos y miserables a aquellos que tienen la dignidad de no querer volver a sus tierras destrozadas [...]”¹²⁹.

Frente a esta situación los inmigrados y exiliados republicanos extremaron sus esfuerzos por lograr la comprensión y el apoyo del pueblo -de sus intelectuales, de su juventud, de los demócratas, de aquellos “que sienten que la sangre que se vierte, es suya también [...]”¹³⁰. Por eso era necesario profundizar el nexo entre la España real -representada por el pueblo que luchaba contra el fascismo- y América. Si bien la derrota militar no era fácil de aceptar, lo que les era aún más difícil era el ver que sus ideales morían a causa de ella. Su lucha en América será, en consecuencia, proyectar los postulados de la República más allá de una derrota que sólo era el resultado de una batalla. Los ideales republicanos pasaron a representar, por una parte, la lucha contra el imperialismo ortodoxo y monárquico del pasado, en cambio la guerra civil significaba la defensa heroica del cambio, del modernismo y de la democracia, frente al clericalismo y al conservantismo arcaico.

Junto a esta motivación ideológica el exiliado necesitaba, como una forma de sentirse integrado a su nueva patria, estudiar la comunidad de intereses con el pueblo que lo recibía. Romper la sensación de tránsito, de paso, de temporalidad, fue una necesidad cada vez más intensa.

Su derrota, por ambos motivos, fue también la de América, la de la hispanidad -es decir, la de “los pueblos independientes, unidos entre sí por la historia, por la tradición, por la sangre, por la cultura y la esperanza [...]”¹³¹. La hispanidad del sector franquista en cambio significaba la restauración de un pasado imperialista y el sojuzgamiento de los pueblos latinoamericanos.

Al contrario de lo que sucedió en otros países latinoamericanos el exilio

¹²⁸ *Germanor*, N° 439, junio 1939.

¹²⁹ *Germanor*, N° 440, julio 1939.

¹³⁰ “¡Condenados a muerte!” 147, en *República Popular*, N° 4, 22 de noviembre de 1940.

¹³¹ “La Junta de la Hispanidad”, en *República Popular*, N° 8, 21 de enero de 1941.

español en Chile encontró a un importante sector de inmigrados españoles dispuestos a recibirlos y a luchar por ellos. En un primer momento difundieron los ideales de la República, luego ayudaron a buscar apoyo financiero e incluso vieron la posibilidad de fletar un nuevo Winnipeg para salvar a millares de españoles¹³². El encuentro entre la España inmigrada y la España desterrada se produjo en torno a los ideales republicanos. La idea de América que desarrollaron a partir de los años treinta fue siendo complementada por los acontecimientos, para finalmente proyectarse también como una idea común para aquellos que en este continente buscaban profundizar la democracia y alcanzar un mayor desarrollo.

El pueblo latinoamericano había comprendido a la España real representada por inmigrados y exiliados: la recepción dada era una buena muestra. Por su parte la visión que de América tenían los españoles también varió, especialmente la de los inmigrados que habían sido muy críticos hacia ella; “la situación de muchos millares de españoles en América -escribía en 1927 uno de ellos- da miedo, espanta. Es tarde para arrepentirse. Allá quedan la madre y el padre, que creen que su hijo goza de bienaventuranzas, de un paraíso ideal; triste ilusión. ¡Cuántas lágrimas calladas! ¡Cuánta esclavitud para enriquecer a algunas compañías, que ni siquiera son nacionales! Señor, escriba algo, diga algo para desengañar a tanto pobre iluso, a tanto desgraciado que sería feliz en su lugar nativo si no existiera América”¹³³.

Esta América hostil, egoísta, irá paulatinamente cambiando su imagen para transformarse en una nueva patria donde el exilio podría salvar el espíritu cultural español.

La actitud de América fue reconocida por los españoles “que al acercarnos a América nos alejamos de Europa, que nos ha traicionado”¹³⁴. Estas palabras, llenas de dolor, reflejaban el sentimiento de los exiliados; a cambio de él estuvieron dispuestos a entregarse y a contribuir, dentro de sus posibilidades, con lo mejor.

Si bien no siempre lograron mantener una fuerte unidad entre ellos, cabe

¹³² *República Popular*, N° 3, 7 de noviembre de 1940; N° 10, 21 de febrero de 1941; N° 13, 14 de abril de 1941.

¹³³ Antonio Zozaya: “Del ambiente de la vida ¡pobres emigrantes!” en *Mundo Gráfico*, N° 794, 19 de enero de 1927.

¹³⁴ “Indalecio Prieto habló sobre América”, en *España Nueva*, N° 109, 17 de diciembre de 1938.

destacar que en Chile la colonia se mantuvo unida. Martínez Barrio señalaba al respecto que ésta “es una de las colonias más unidas. Naturalmente que “hay aguas subterráneas”, pero en lo general se llevan bien y se pueden realizar importantes actos colectivos sin que impere el sectarismo”¹³⁵. Esto se logró porque “en Chile, que nos da hospitalidad, no nos sentimos satisfechos con subsistir y beneficiarnos de su hidalguía y sus nobles instituciones democráticas. Eso, el no estorbar, resultaría suficiente para otros. Pero los españoles tenemos un patrimonio común con los hispano-americanos y, en su defensa, tenemos deberes activos que cumplir [...]”¹³⁶.

La historia que surge en España a partir de los años treinta tuvo profundos efectos en su relación con América. El distanciamiento que durante el siglo XIX se produjo, cuando América dejó de buscar en la tradición española las respuestas para el porvenir, ya que España no las tenía para sí o para otros, disminuyó de manera radical a partir de la República. Ideales comunes identificaron a los pueblos, una comprensión profunda se estableció entre españoles y americanos.

Mucho se ha hablado de “las dos Españas” para distinguir, en numerosos aspectos de la vida española contemporánea, una dualidad de criterios dispares e incluso antagónicos. También podríamos hablar de las “dos Américas” pues una fue la de las relaciones oficiales, la que tendió a ser jerárquica y basada en el concepto de “Madre Patria”, y otra la que conocieron y participaron los exiliados, concebida como una sociedad compleja con ideales propios en los cuales se encontraba con otra sociedad compleja con ideales propios que era España. Se encontraban en la historia y en los ideales democráticos, pero ahora ya no como madre e hija, sino más bien hermanas en una aventura común.

¹³⁵“Se despiden Miaja y Martínez Barrio de los republicanos por intermedio de nuestro periódico”, en *España Libre*, Nº 27, 19 de junio de 1943.

¹³⁶Hoja volante que anuncia la aparición de *España Libre*.